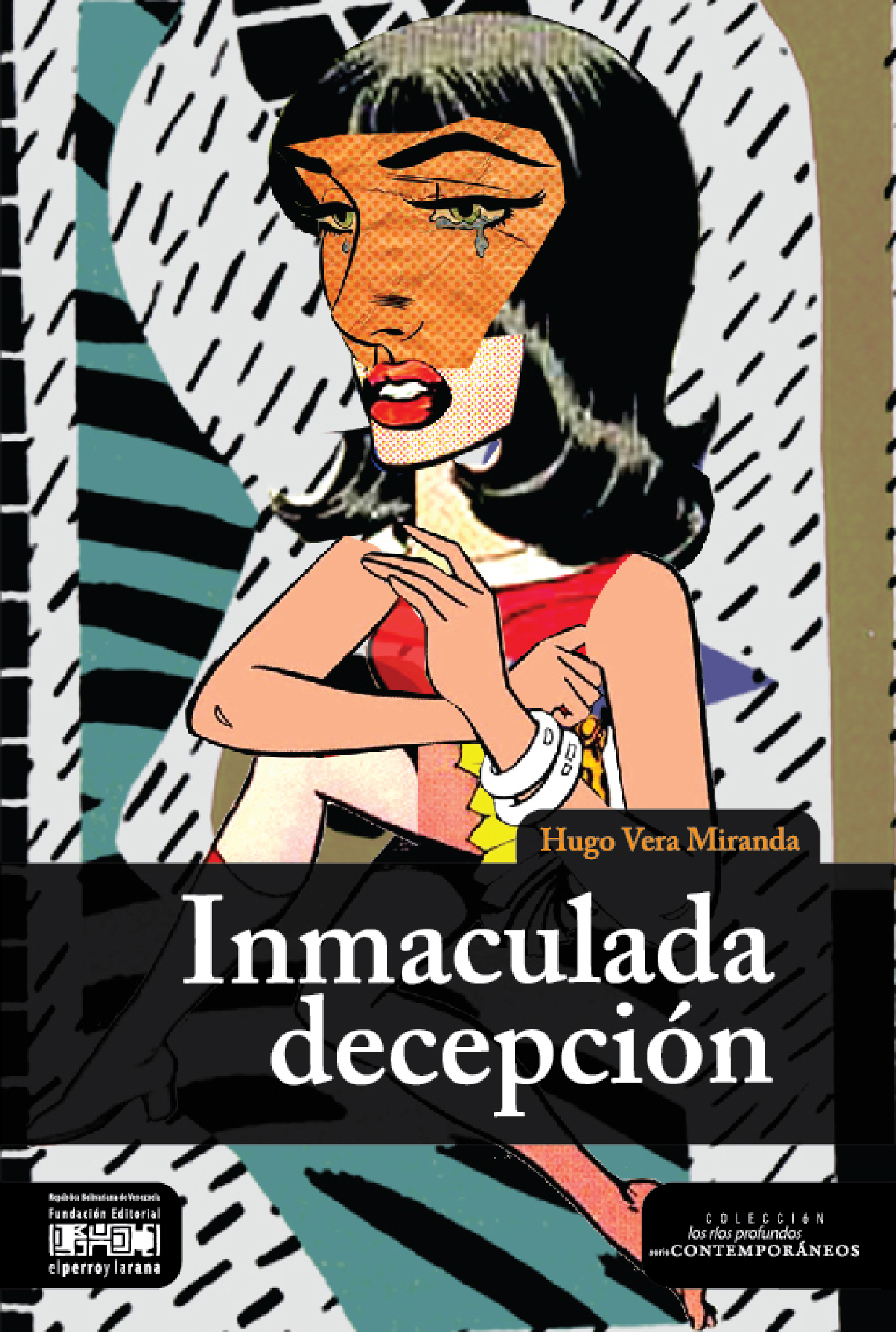

Hugo Vera Miranda
Inmaculada
decepción
República Bolivariana de Venezuela
Fundación Editorial
el perro y la rana
COLECCIÓN
los ríos profundos
serie CONTEMPORÁNEOS



Inmaculada decepción

MINISTERIO
DEL PODER POPULAR
PARA LA CULTURA

MISIÓN
CULTURA
CORAZÓN ADENTRO

los ríos profundos
Contemporáneos

Hugo Vera Miranda

Inmaculada decepción

República Bolivariana de Venezuela
Fundación Editorial



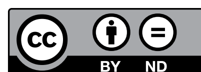
el perro y la rana

Centro Simón Bolívar,
Torre Norte, piso 21. El Silencio,
Caracas - Venezuela, 1010
telefs.: (0212) 7688300 / 7688399

Correos electrónicos
atencionalescritorfepr@gmail.com
comunicacionesperroyrana@gmail.com
Páginas web
www.elperroylarana.gob.ve
www.mincultura.gob.ve
Redes sociales
Twitter: @perroyranalibro
Facebook: Editorial perro rana

Diseño de la colección
Gabriela Correa
Ilustraciones
©Javier Molinero
Edición
Marco Aurelio Rodríguez García

Hecho el Depósito de Ley
Depósito legal DC2016001026
ISBN 978-980-14-3598-3





Gobierno Bolivariano de Venezuela | Ministerio del Poder Popular para la Cultura



La Colección ***Los Ríos Profundos***, haciendo homenaje a la emblemática obra del peruano José María Arguedas, supone un viaje hacia lo mítico, se concentra en esa fuerza mágica que lleva al hombre a perpetuar sus historias y dejar huella de su imaginario, compartiéndolo con sus iguales. Detrás de toda narración está un misterio que se nos revela y que permite ahondar en la búsqueda de arquetipos que definen nuestra naturaleza. Esta colección abre su espacio a los grandes representantes de la palabra latinoamericana y universal, al canto que nos resume. Cada cultura es un río navegable a través de la memoria, sus aguas arrastran las voces que suenan como piedras ancestrales, y vienen contando cosas, susurrando hechos que el olvido jamás podrá tocar. Esta colección se bifurca en dos cauces: la serie ***Clásicos*** concentra las obras que al pasar del tiempo se han mantenido como íconos claros de la narrativa universal, y ***Contemporáneos*** reúne las propuestas más frescas, textos de escritores que apuntan hacia visiones diferentes del mundo y que precisan los últimos siglos desde ángulos diversos.

Prólogo

La literatura del escritor chileno Hugo Vera Miranda remite a la figura oxímoron. Tal vez constituya la estética del fracaso más lograda de las últimas décadas. Se trata de un logro desproporcionado. Un logro poético.

Los núcleos de "mal sentido" del "sentido común" sostienen que el fracaso es el resultado de la inadecuación entre las ideas y las leyes del mundo exterior objetivo. Se suele establecer un vínculo estrecho entre el fracaso y el error. Pero el fracaso es algo mucho más deslumbrante, rico, profundo y contradictorio que eso. El fracaso no es solo carne de recuerdo para alimentar una conciencia desdichada. Es algo mucho menos ingenuo y mucho más complicado que una equivocación rastrera. Nadie tiene derecho a confundir la angustia y la desesperación con el dolor de estómago. Para Jean Cocteau la estética del fracaso era la más duradera de todas las estéticas, dijo alguna vez: "Quien no conoce el fracaso está perdido". Porque el fracaso puede ser trasgresor.

La materia a la que recurre Vera Miranda para construir su literatura son los días, las ciudades y las existencias que transcurren como una prisión, las certezas devenidas en desolación, las voluptuosidades irremediablemente inician desgracias, los sueños baldíos, los inextricables oráculos de las entrepiernas, el fascismo societal promedio, la violencia burocrática, la inminencia de matadero, los estragos de una cultura cuyos fundamentos son antieróticos, los reiterados desencuentros con la dicha o con la plenitud cósmica. A veces, él mismo provee directamente esa materia (o esa maraña). Sin filtros. Desde el fondo mismo de sus vivencias, sus sueños, sus pesadillas y sus alucinaciones. En otras ocasiones la toma prestada de otras identidades y de otros reinos flemáticos. Tanto de vagabundos, locos y transgresores seriales como también de personas despojadas: pusilánimes, amargadas, vacías como una

cancha de fútbol vacía. Personas aplastadas por la rutina y el aburrimiento, que no son otra cosa que la prolongación de alguna miseria, de algún desamparo. Vera Miranda busca consustanciarse con las condiciones de lo que escribe. Claro está, sus modos no son los del etnólogo, sino los del poeta. Con exposición impúdica de tripas, rabia, desconsuelo, inocencia, maldad, amor. Desarrollando alguna interioridad extraña e indescifrable. Jamás con indiferencia.

Rozando de nuevo la figura del oxímoron, podría definir a los textos de Vera Miranda como piezas perfectas de belleza magullada. O belleza corrosiva. Por eso, precisamente, su obra posee el raro encanto de ser al mismo tiempo bella, cruda y justa.

Puesto a ejercer el odioso oficio de buscarle tercas remanencias de otras escrituras o parientes cercanos a este Parsifal magallánico, uno puede encontrárselos o asignárselos compulsivamente con el vacío emocional del gerente de una empresa multinacional o el de un criminal del tipo psicópata sádico. Podría evitar perfectamente este trámite glacial, esta impertinencia. No aspiro a orientar a los lectores y a las lectoras, no poseo brújulas, catafalcos ni soberbia, pero sí pretendo identificar una estirpe y colocar a Vera Miranda en un panteón literario donde merece estar por pura justicia literaria. Debo decir que si todavía no está allí, es por su perfil extremadamente bajo, tan bajo que ha dado lugar a versiones que plantean que su existencia corresponde al terreno de la mitología, que afirman que él jamás existió como producto biológico y que Hugo Vera Miranda es un personaje desmedido que inventó un genio encerrado en una botella de pisco (o de moscato) a modo de conjuro para sus horas de hastío y soledad. O porque le tocó ser periférico de la periferia de la periferia. O porque vive libre e intenso como el viento patagónico, desconectado de todo Parnaso e incluso de la dinámica de la historia más profana. O porque sabe que el público es una mentira, la más atroz. O porque aún tiene que gastar buena parte de sus días en faenas absolutamente extraliterarias para sobrevivir, mientras se caga olímpicamente en el mito del artista hambriento alimentándose de soledad. O porque nunca será "práctico". O porque carece de un agente literario sagaz y emprendedor

que le robe la plata pero lo haga famoso logrando que sus libros congreguen lectores y lectoras deseosos y deseosas de devorarlos. Yo sé que alguna vez alguna vanguardia lo descubrirá. Tal vez él esté vivo y pueda mandarla al carajo por manosearlo impúdicamente y/o por llegar tan tarde. Seguramente será mucho más tolerante con las mujeres incandescentes e inapelables, aun a riesgo de quedar varado en alguna palabra.

Su literatura se asemeja a la de Raymond Carver, es prácticamente igual de descarnada y reductiva pero mucho más personal a la de Charles Bukowski, pero en una buena traducción (no española de España), prácticamente sin secreciones y mucho más lírica, más rica en estallidos poéticos. A la de Norman Mailer, pero sin la cuota de narcisismo autocomplaciente que lo llevaron a perpetrar sus páginas más anodinas. A la de Roberto Arlt, pero en lugar de darte un *cross* a la mandíbula te pega una patada en los huevos (cuando no un tiro en la boca). A la de Pablo de Rocka, pero más escéptica, más mordaz y más rápida de reflejos.

También fermentan sus páginas Geoffrey Chaucer, François Villón, Isidore Ducasse (conde de Lautréamont), Arthur Rimbaud, Charles Baudelaire, Louis-Ferdinand Céline, Franz Kafka, Henry Miller, Jack Kerouac, Ítalo Calvino, Juan Rulfo, Gonzalo Arango, Gregory Corso, entre muchos otros más.

Minimalismo, realismo sucio, nadaísmo, hiperrealismo (que en Nuestra América no tiene otra alternativa que ser mágico), no alcanzan. Son moldes muy estrechos para la literatura de Vera Miranda. A pesar de todas las referencias, lo más certero y didáctico sería decir que su literatura tiene entonaciones de la canción “el ojo blindado”, del cantautor ítalo-argentino Luca Prodam y del tango “Vieja viola”, del compositor uruguayo Humberto Correa.

Una vez le pregunté a una mujer mapuche a qué se parecía el condimento a base de ají ahumado llamado merkén: “A nada”, me respondió. Insistí: “¿Es dulce o picante?”, “Las dos cosas”, me dijo y me lo dio a probar, seguramente para evitar otra pregunta absurda. Tenía razón. Con la escritura intensa de Vera Miranda ocurre lo mismo. Su estilo es único, trabajado y pulido en largos años. Por eso

nos arrastra a la región de los estremecimientos. Por eso nos acribilla con sus sarcasmos. Y sin artificios. Su lenguaje es autónomo y se nutre de una mitología propia. Es implacable. Y hay que probarlo.

A comienzos de la década de los noventa salimos con Hugo Vera Miranda de un bar de Puerto Natales, el misterioso pueblo perdido en el fondo de la Patagonia chilena, sobre el océano Pacífico, donde nació y habita tozudamente. No recuerdo muy bien si salimos o nos echaron. Habíamos bebido una buena cantidad de Cervezas Pilsen Austral, las suficientes para sumar a nuestra mesa al Gauchito Gil, Sófocles, San Pablo, Søren Kierkegaard, Simón Bolívar, Simón Rodríguez, Arthur Schopenauer, Federico Niestzche, Rosa Luxemburgo, Kiki de Montparnasse, Carlos Gardel, Violeta Parra y Janis Joplin, entre otros espectros. Había vértigo dionisiaco. Ganas de ponernos a contar las estrellas. Flotamos calle abajo, hacia el mar, en un amanecer espasmódico. A los pocos metros vimos venir de frente a dos monjas, dos caballos y dos bomberos en rigurosa simetría. Las primeras –en blanco y negro– por la vereda izquierda, los caballos –alazanes– por el medio de la calle y los bomberos –convencionales: rojos con cascos amarillos– por la vereda derecha. Cada dúo en una perfecta alineación. Si mal no recuerdo estábamos cerca del cementerio. Por cierto, un plus muy a tono con las circunstancias.

Pero lo que más perplejidad me causó fue la reacción de Hugo: hizo un gesto como diciendo, ¡otra vez! En efecto, con los años lo confirmé. Cuando uno caminaba con Hugo se exponía a la fulguración de las cosas. En Puerto Natales, Buenos Aires, Louisville o Kinshasa. A su paso, las calles repentinamente asumían un raro énfasis para dispersarse en misterios como arabescos. Uno comenzaba a presentir las almas perdidas en las ochavas, los poderes indescifrables que se ocultaban en el gris, los rostros tallados de pesadumbre, las miradas pesadas como una lápida y también la belleza residual. Hugo a veces me prestaba sus ojos de atisbador de densidades y de horadar el mundo (siempre fue un tipo muy generoso) y cada realidad abandonada, maravillosa, escalofriante, escatológica, absurda, se tornaba visible.

Hugo debería ser el capitán de la selección situacionista en el campeonato mundial de las derivas surrealistas.

Hugo es un gato negro, viejo y canchero que camina en la cornisa al borde de lo imposible.

Hugo es amigo de poetas, en acto o en potencia, que se ocultan tras profesiones honrosas, dignas y, a veces, lucrativas. De meretrices que tienen un retrato de León Tolstoi en sus cuartos. De hechiceras remanentes que conocen los poderes de todas las hierbas. De borrachos capaces de acuchillarte en cualquier esquina o de donarte un riñón sin titubear. De buscadores de oro que solo encuentran la cantidad necesaria para justificar el oficio de seguir buscando. De futbolistas que no tuvieron su oportunidad o que la desperdiciaron. De exboxeadores con récord negativo. De escritores de diccionarios y de libros personalísimos autoeditados que casi nadie lee. De exconvictos furiosos y tiernos. De empleados de la Nasa especialistas en ciencias ocultas y demonología. De prófugos de distintas instituciones. De predicadores sin auditorios. De profetas sin relieve. Todos y todas capaces de desarrollar una elevadísima cuota de jactancia a partir de sus ineficacias y sus insignificancias, de sus desdichas, de sus fracasos. Soberbios y soberbias en la derrota. Henchidos y henchidas de su absoluta falta de gloria.

Hugo es un poeta en verdad mayúsculo, en todos los géneros de la literatura que practica y en casi todos los oficios de la vida que ejerce.

Hugo conoce todos los oficios y todos los disfraces. Circunda fantasmas, aparatos de suplicio y verdades desnudas. Nos recuerda, una y otra vez, que todos los héroes son malditos desde nuestra aberrante y desarrapada normalidad, pero al mismo tiempo nos invita a vivir sin ellos.

Hugo es un escritor que se hace un puchero con el Cisne de Rubén Darío y te invita a comer. Te pregunta: "¿Pata o pechuga?". Después descorcha el mejor vino que guarda, propone un brindis por las "ubérrimas frondosidades" y se caga de risa.

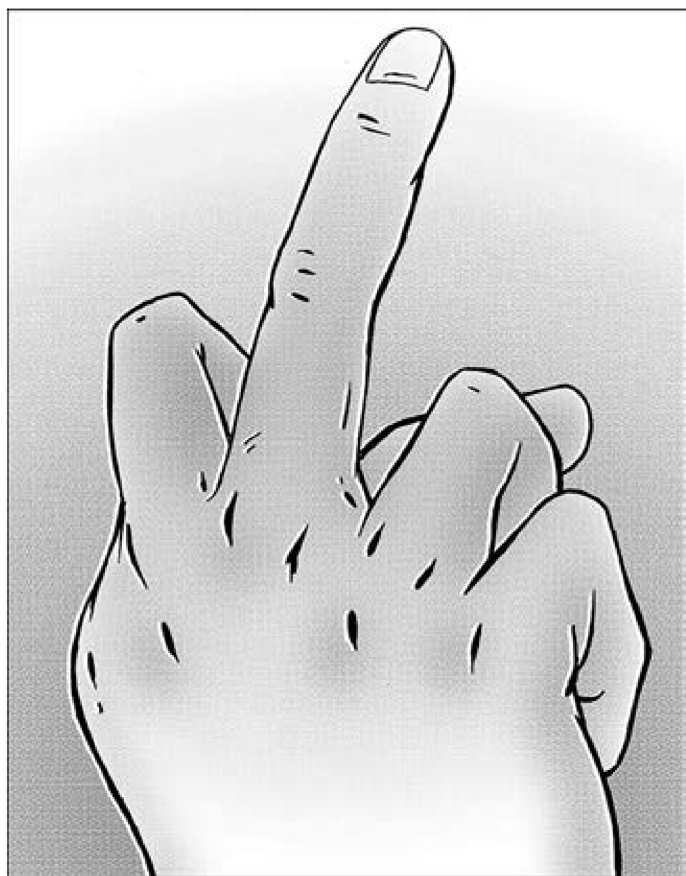
Yo sé que, cuando le llegue la hora, Dios y el diablo se lo disputarán –en un bizarro Armagedón– como compañero de juerga y tras-

noche, como comensal o bibliotecario. Lo querrán tener a mano para que les pase viejos discos de pasta en su legendaria victrola Víctor. También cuando se hastíen de la eternidad de estar tocando fondo.

Espero poder volver a toparme con su sonrisa centelleante, caminar con él, a la par, de nuevo, algún día, por alguna frontera indefinida entre la memoria y la imaginación, en cualquier pueblo o ciudad del mundo.

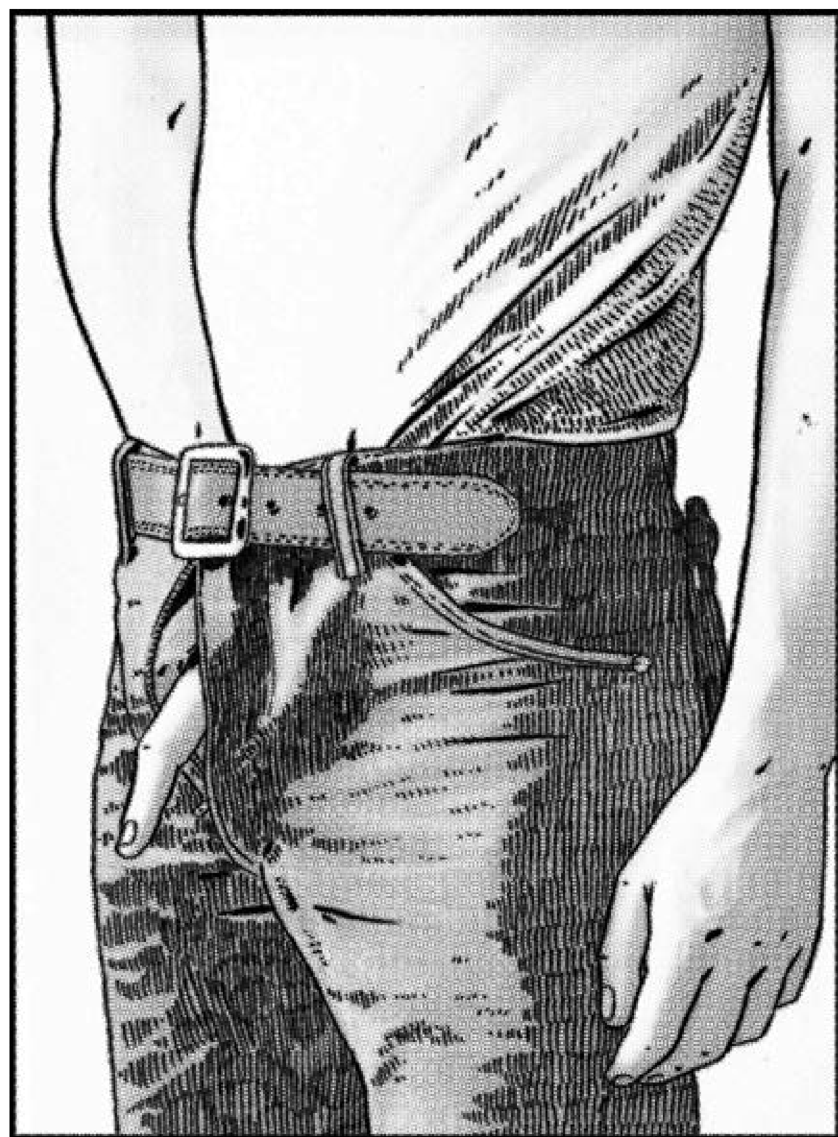
Por ahora hay que conformarse con leerlo. Yo, que tuve la dicha de la vivencia directa, puedo dar fe de que sumergirse en sus textos es la forma más parecida de reconstruir esos trayectos mágicos e impredecibles.

Miguel Mazzeo.
Lanús Oeste,
Provincia de Buenos Aires, Argentina,
junio (extremadamente frío) de 2016.



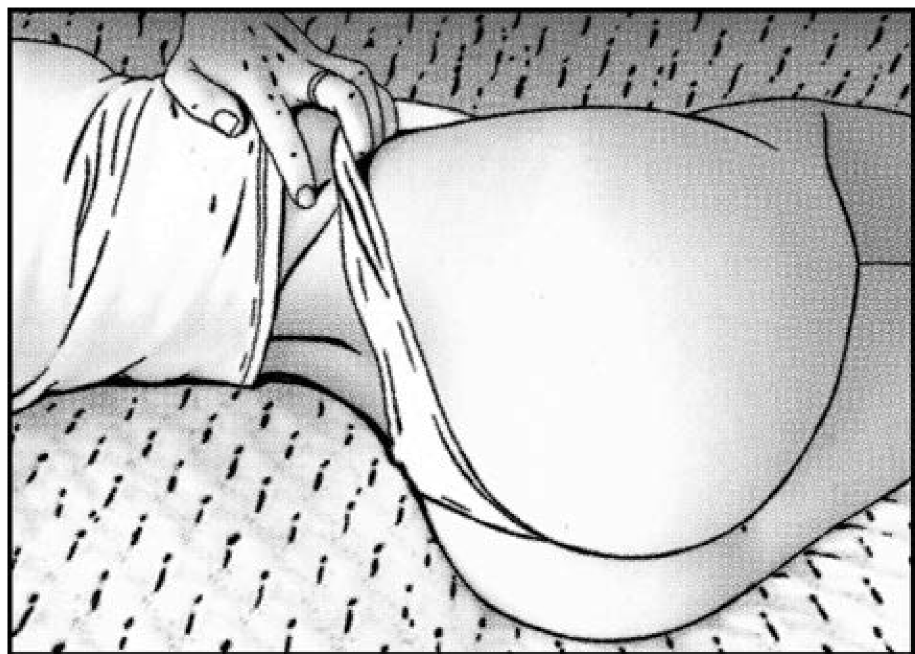
1
Tengo eyaculación precoz cuando llega el otoño

No sé agradar. Cuento historias repetidas de una noche en Lombardía. No sé trepar por los agujeros del poder político, sentimental, oportunista y ditirámbico. No sé callarme cuando debo callarme ni hablar cuando debo no hablar. Vivo a contrapelo de las formalidades y las buenas costumbres. Hago gestos de espanto cuando acaricio a un bebé. Muero de risa en los funerales. Tengo eyaculación precoz cuando llega el otoño. Sonrío cuando un volcán arrasa una ciudad. Me da igual toda la mierda de las capitales. Paso por tonto porque soy tonto. Sé que debo ser ignorado igual que ustedes. Ustedes igual que yo nunca sirvieron para nada. Y en eso somos iguales. Somos hijos de un buen o mal polvo. Una gota de nada en el océano del olvido. Luego te llegará el aviso que debes actualizar el programa. Pero ya es tarde. Un payaso te conduce a la cueva de donde nunca debiste salir. Al final del túnel compruebas que nunca el túnel tuvo final. Y que la mejor de las posibilidades es no haber nacido. Morir es un acto reparatorio y nacer es un acto fortuito. Ya es tarde. Mañana me levantaré y me odiaré. Por la noche buscaré una nueva víctima y sé que esa nueva víctima seré yo.



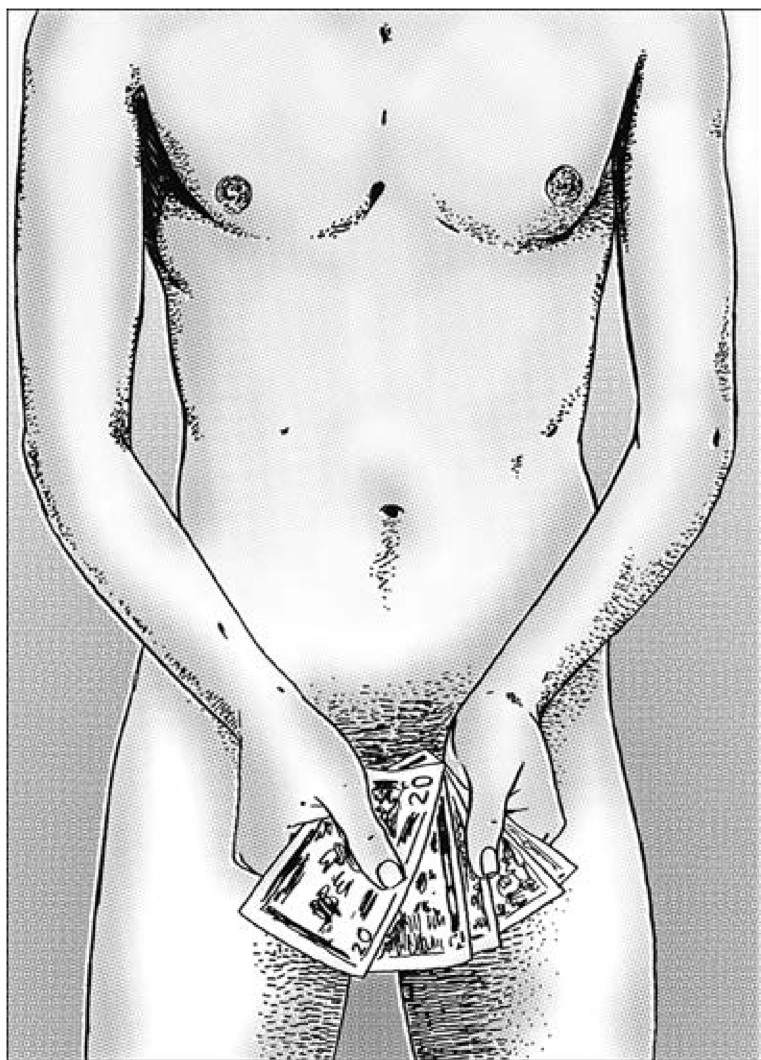
2
1º de noviembre

Limpio y ordeno todo. Luego me siento allí y leo el libro que traje. Un libro de Jim Thompson. Mi padre me pregunta qué leo. Le digo que un libro de Jim Thompson, *1280 almas*. Luego me pregunta cómo me han ido mis cosas, le digo que mal. Que las cosas me han ido francamente mal. Y le cuento. Se pone a llorar. Me dice que él no puede hacer nada. Le digo que ya lo sé, que él no puede hacer nada. Le digo que no se preocupe. Ya pasará, le digo. Todo pasa, me dice. Es verdad, le digo. Me dice que retire todas esas flores de plástico. Que no las necesita. ¿Pero tú estás bien?, le pregunto. Acá las cosas no están mejores que cuando estaba vivo. Me ha tocado estar en el grupo de los monotemáticos. Tú sabes de mi afición por la brujería chilota. Era de lo que más hablaba. Entonces me ha tocado el grupo de los monotemáticos. En verdad que no sabía nada de la otra vida. Ni puta idea. Y ahora estoy acá en ese grupo. Con políticos, futboleros, actores, corruptos, poetas, ludópatas y un enjambre variopinto de almas decadentes. Lo siento, le digo. La muerte es así, me dice. Cada oveja con su pareja. Al despedirme le pregunto si quiere dar un mensaje a las futuras generaciones. Me dice que nada. Que si pueden, se interesen por la brujería chilota.



3
¿Quieres que me ponga bonita esta noche?

Qué pasa contigo, me pregunta. Le digo que no pasa nada. No le digo que en verdad tengo ganas de matarla ni nada de eso. No me pasa nada, le digo. Hace mucho tiempo que tengo ganas de sacarle un seguro de vida y que parezca accidente. Ya no me escribes poemas como antes. Lo que pasa, le digo, es que me estoy dedicando al ensayo. Antes me traías flores y me dedicabas canciones. Celebrábamos aniversarios y esas cosas. Mina de mierda. Voy por una botella. Dime si todavía te importo. ¿Quieres que me ponga bonita esta noche? Silencio. Me digo que es el momento. Voy hacia la victrola y no la encuentro. Le pregunto si sabe dónde está mi revólver. Me dice que sí. Retira los tres tomos de las Obras Completas de Neruda y aparece el Colt. Me dispara.


20
20

4
Por fin una puta historia que terminó bien

Hay instantes que duran para siempre. Adoré a una chica de ojos celestes que un día conocí en La Frontera. Hacíamos el amor bajo los puentes. Tomábamos ginebra y la vida era hermosa. Me contó que su padre la había violado a los 12 (doce) años. Que su madre había muerto cuando ella tenía 7 (siete) años. Íbamos en bicicleta y hacíamos el amor bajo los puentes. La adoraba. Eso creo. Eso pienso, que la adoraba. Como siempre ocurre en esta puta vida, el destino, la vida o la numerología nos separó. Ni siquiera recordaba su nombre hasta ayer, cuando Fabián me preguntó si conocía a Leonor. Esa chica de los ojos celestes. Qué pasa con ella, le pregunté. Me dijo que nada, que se había casado con un conde italiano que vivía en Florencia. Le dije que no la conocía. Al despedirnos le pedí algo de dinero para comprar pan, vino y cigarrillos. Por fin una puta historia que terminó bien.



5
Se trataba de un asalto o algo así

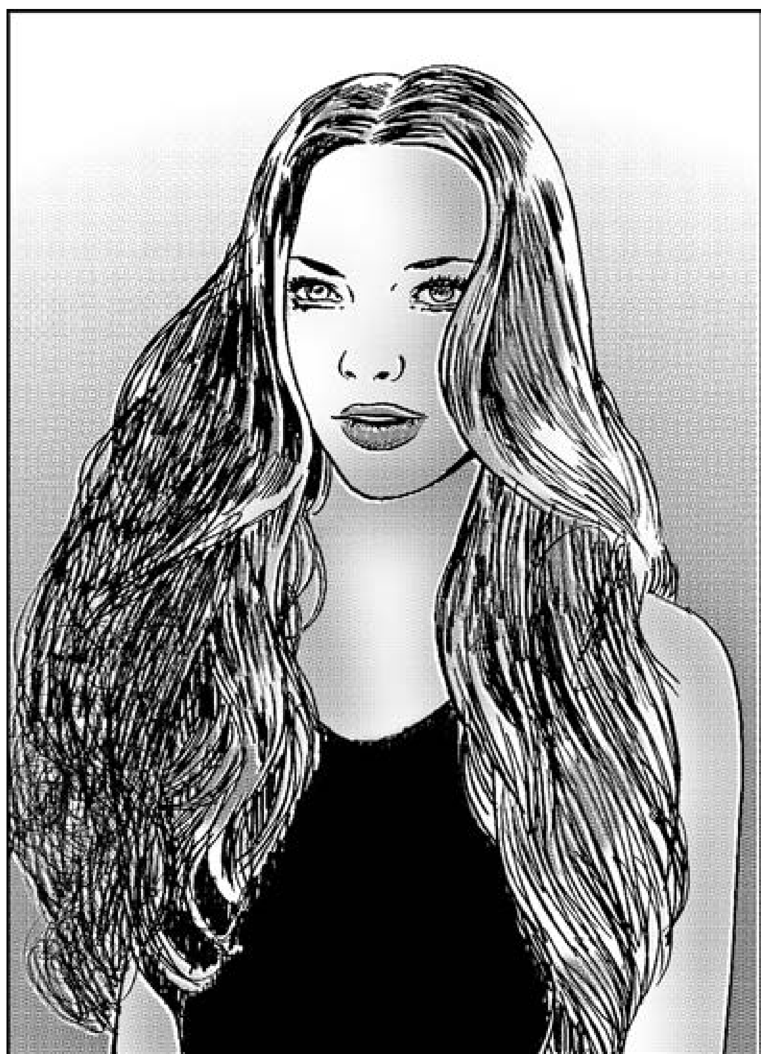
Había encontrado la solución para el porno. Me compré audífonos. Vivo en una casa grande de madera. Alejada a metros de la casa más próxima. Pasaría una noche de novela. ¡Bah! Una noche de porno. Como tantas. Pero esta vez sin miedo al volumen del audio. Vino tinto, queso y porno. ¡Qué más se le puede pedir a la vida! Era una de *milf*[1]. Mientras la escena se iba desarrollando, lo relataba como si fuese una pelea de Floyd Mayweather. ¡Mátala! ¡Dale con todo! ¡Es tuya! ¡La tenemos! ¡Es una perra! Etcétera. Siempre la acción de los protagonistas terminaba con mi eyaculación masturbatoria. Y el grito de la hinchada que era yo. Siempre he pensado que mis gritos al acabar la función se podrían escuchar perfectamente en Vietnam. Y los audífonos me traicionaron. No bajé la voz. Grité más fuerte que nunca. Supongo que mi alarido llegó a Nueva Zelanda. A los cinco minutos llegó la policía. Un carro de bomberos. Una ambulancia. Llegaron reporteros y público en general. Patearon la puerta de la casa y entraron. Mi vecina Pilar escuchó mis gritos y llamó al 911. Se trataba de un asalto o algo así.

1 De las siglas en inglés M.I.L.F (*Mom I'd Like to Fuck*), que se traduce: "Madre a la que me gustaría coger".



6
Dios en bicicleta

Estoy ahí en la puerta de la casa sin nada qué hacer y veo pasar a Dios en bicicleta. Lo llamo y me presento. Hola, qué tal, cómo estás, y esas cosas. Le digo que necesito trabajar. Si puede hacer algo por mí. Que estoy en la mala. Que necesito imperiosamente un trabajo. Le muestro mis zapatos rotos. Tres días sin afeitarme. Con todos los problemas que tiene sé que no debo abusar. Sé perfectamente que tiene problemas en más de la mitad del mundo. Pero ya que está ahí, aprovecho. Le digo que soy listo. Que medianamente soy un buen tipo. Que él lo sabe. Que supongo que lo sabe. Me escucha. Mece su barba blanca. Mientras le hablo lo noto impactado. Eso creo. Sus ojos azules brillan en la escarcha matutina. Una bandada de gorriones pasa sin rumbo fijo. También pasa un carro policial. No dice nada pero sé que me escucha. Eso creo. Creo que me escucha. Me pregunta para cuándo quiero el trabajo. Le digo que para hoy mismo. Que es urgente. Me dice que me tendrá en cuenta. Que nada puede hacer en ese momento. Pero que a la vuelta de la boda de un príncipe europeo, en donde está invitado, se abocará a mi asunto. Eso me dice y parte raudo. No le creo. Lo entiendo.



7
A ella solo le interesaba el amor

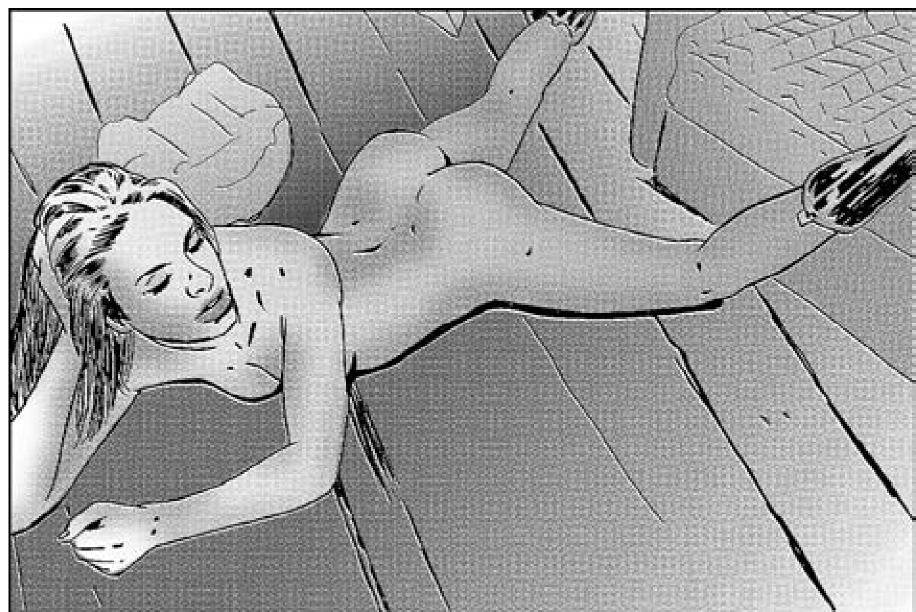
La conocí en la fiesta que daba Esteban en el Bar Cristal. Era la más linda. Loca desaforada. El culo más lindo occidental y cristiano. Tenía las caderas más contorneadas de Oriente. Las piernas más largas de Norteamérica. Una verdadera belleza asiática. Se llamaba Tracy. Todo el mundo pendiente de Tracy. De su culo, sus tetas, sus piernas, su baile africano. Todos vueltos locos. Me tomó de la corbata y me arrastró a la pista. ¿De dónde eres, cabrón? Me preguntó. Le expliqué. Me refregué. Me manoseó. Me dijo: Tienes una buena herramienta, pinche culero. Es para ti si la quieres, le dije. Lo quiero, me dijo. Pero agregó: Eso sí, sin amor, yo solo quiero sexo sin amor. Está bien, le contesté. Nos despedimos de Esteban con dirección a mi casa. Nada más subir al auto nos echamos un polvo magistral. Llegamos a casa y fue el fin del mundo. Ya no era solamente sexo. Me comenzó a decir mi amor. Más fuerte mi amor, dale amor, pégame amor, te amo amor. Me muero mi amor. Toda esa cantilena. Me costó desprenderme de esa mina de mierda a la que solo le interesaba el amor.



8
Me hubiese gustado ser un trovador cubano

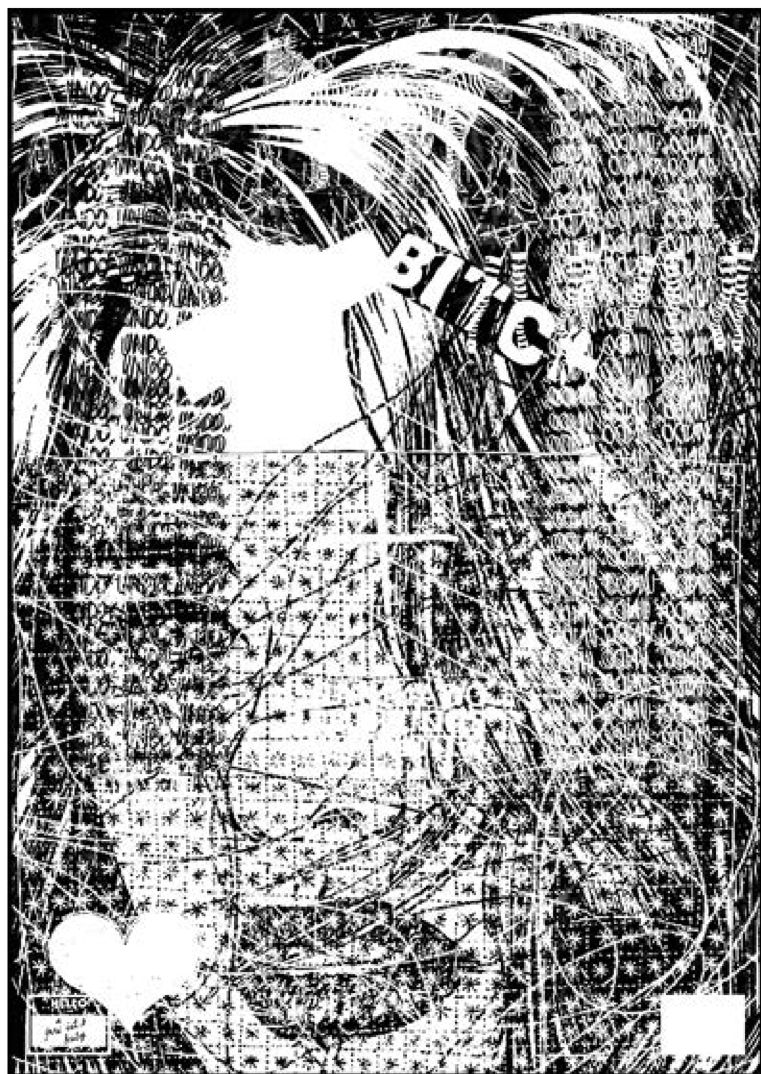
Me hubiese gustado ser un trovador cubano y beber *whisky* del mejor. Etiqueta negra, rosa o fucsia. Ir por el mundo con mis canciones de protesta. Despertar un día en Berlín con una berlinesa. En Tailandia con una pequeña. En Galicia con una gallega. Ser un referente. Un líder. Loas a Fidel y todo eso. Componer canciones que hablen de la libertad de la mariposa. Con letras de hondo contenido poético. Por ejemplo: Estaciono mi corazón al lado de la revolución. Veo en tus ojos el claro amanecer de un día sin disparos. Por ti los arreboles del crepúsculo se convierten en pan. Pienso en mi madre y estalla una granada en el fondo de mi corazón. Pero no. No se me dio.

Nací cerca de la Antártica. Con un viento de mierda que nunca cesa. Bebo el peor vino posible y me despierto con ganas de matar al planeta. Todas las chicas al verme huyen. Escribo el mismo mal poema desde hace un siglo. Lo siento. Soy un perfecto idiota. Un perfecto perdedor que nunca será invitado a Palacio. La trova para los cubanos y para otros especímenes similares. Pero algún día cuando ya no esté, se hablará de mí. Se dirá: Ese hijo de puta siempre quiso ser un trovador cubano. ¡Vaya mierda!



9
¡Felicidad en los parques! ¡Vacaciones en Marbella!

Te lo digo en serio. No conoces nada de mí. Ni siquiera aquello necesario y elemental. Posiblemente algunas señas particulares superficiales. Mi nombre y un poco más. Datos. Luego mi familia, mis amantes, mi libro favorito, mi película, mi club de fútbol. También algunos de mis poemas. Y algo más. Un poco más. Lugares en los que he vivido. Algunos lugares en los que he vivido. Una hija no reconocida. Una celda en Río Gallegos. Mis trabajos en Buenos Aires. Y eso. Y un poco más. Hemos vivido juntos por años y eso conoces de mí. No conoces nada de mí. Nada de mí. Me preguntarás si todo aquello me parece poco. Te digo que sí. Que todo aquello me parece poco. Que eso no es nada. No conoces nada de mí. Te podría contar un aluvión de acontecimientos no revelados. Quedarías pasmada. Fantasías disparatadas. Deseos reprimidos. ¿Qué pasó conmigo en Dublin? ¿Seré acaso un asesino en serie? Por qué no. Dime por qué no lo sería. Qué opinas. ¿Lo seré? Nadie conoce a nadie. Aunque vivas doscientos años. Nadie conoce a nadie. Lo mínimo. Ni siquiera nuestra próxima jugada. Dormimos abrazados durante años con seres desconocidos. Soñando con otros seres desconocidos. Festejando bodas, casamientos y días de Acción de Gracias. Ni el mejor espía sabe nada de nadie. Buenos días, buenas tardes, buenas noches. Llevamos dentro un héroe y un villano. Eso somos. ¡Felicidad en los parques! ¡Vacaciones en Marbella! Los nietos sentados en las rodillas. En las rodillas de un malhechor. De un santo varón que hizo volar un avión. Cada ser humano merece un altar. Un fusilamiento. El olvido.



10
La vida es así

Recuerdo el tiempo cuando venías a casa y hacíamos el amor o el sexo. No importan las categorías. Y yo era un buen anfitrión. Y te cocinaba aquello que tú querías y te gustaba. Y te lavaba la ropa. Y te hacía masajes. Y prendía velas. Aromas de Oriente. Música celestial. Y te contaba historias. Y te reías. A veces llorabas y te consolaba. Te decía que la vida es así. Que no te preocuparas. Que vendrían tiempos mejores. Que la poesía nos salvaría. Y caminábamos del brazo en una noche infinita de estrellas. Y yo era un buen anfitrión. Lo sabes. Te dedicaba un poema. Y luego otro poema. Y música. Y más música. Y poemas. Y más poemas. Y volvíamos a hacer el amor o el sexo. Sin importar las categorías. Luego pasó el tiempo. Acepté tu invitación. Viajé a verte. Y no soportaste mis cigarrillos, mi café, mi fútbol, mis tragos, mis manías. Cosas que cuando venías a casa soportabas. Me echaste de tu casa. Eso fue lo que fue. Me echaste de tu casa. Tuve que comprar mi pasaje de vuelta. Y además pidiendo perdón por el daño causado. Y soportar que me dijeras que otros habían sido peores. Una mierda. Una vulgar mierda. Y en el momento más puto de mi puta vida. Quiero que sepas que no estoy mejor o peor que antes. Que te olvidé y te recuerdo. Que la vida es así. Que eres tan tonta como yo. Que no me debes nada y que yo no te debo nada. Que la vida es así. Y que mañana el mismo Sol nos dará la bienvenida.



11
Aquella pesadilla que siempre fue

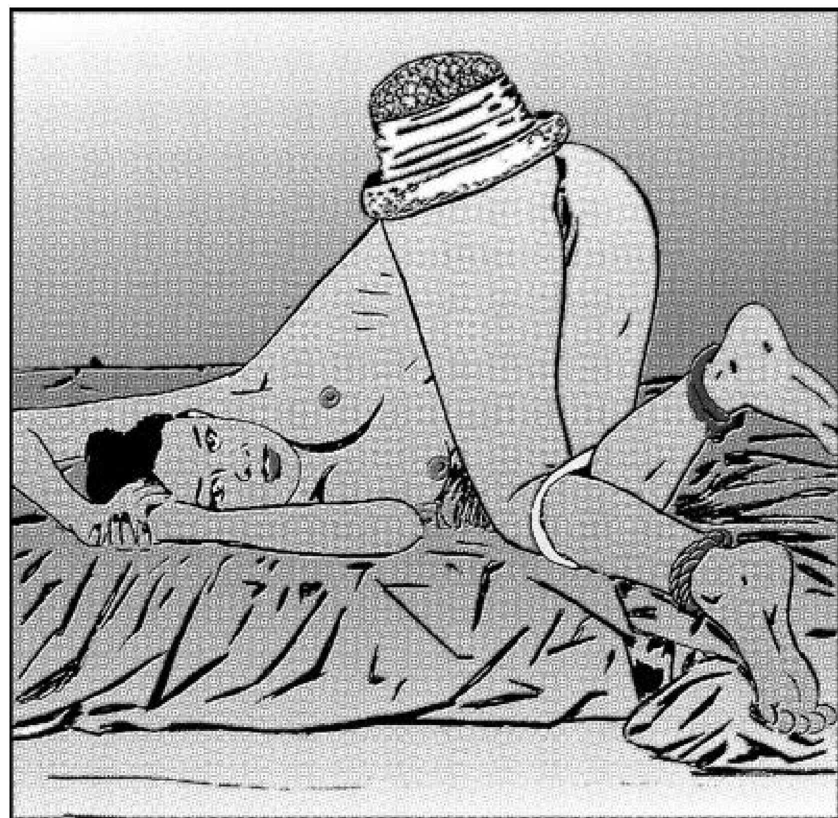
Soñé que estaba nuevamente allí. Con ella. Trenes que descarrilaban. Barcos que se hundían. Aviones que desaparecían del radar. Pinochet de nuevo con su uniforme alemán. Incluso le decía que era un sueño. Se lo decía. Es un sueño, le decía. Esto no está sucediendo. No es un sueño, me decía. Estás nuevamente conmigo. Me amas como antes. Soy el gran amor de tu vida. Es que no puede ser, le dije. Ya verás cuando despierte. Tú no vas a estar. No es un sueño, mi amor. Estoy acá contigo y no necesitas despertar. ¿Es que acaso no recuerdas el gran amor que nos tuvimos? Ese amor ha vuelto. Estoy acá para ti. Para nunca separarnos más. No creo en ti ni en los putos boleros. Es un sueño. Nada más que un sueño. Eso le dije.

Desperté. Me alegré. Los trenes llegarían a la estación. Los barcos arribarían a la costa. Los aviones aterrizarían. Pinochet estaría muerto como hace siglos y ella sería aquella pesadilla que siempre fue.



12
Cuando beso los pechos de Juliana recibo una llamada

Estábamos allí una noche más de putas. Tomando y tomando. Era Néstor quien pagaba todo. Acababa de ganar un premio gordo y lo festejábamos. Cantina libre para todos. La felicidad completa. Encaramado a una mesa, me salió el *stripper* que llevo dentro. La música estridente y el jolgorio. Estrellitas girando. Aplausos. Todas querían tocarme. Todas me tocaron. Y así. Era sin lugar a dudas la mejor noche de nuestras vidas. Cuando beso los pechos de Juliana recibo una llamada. Era Víctor. Me dice que acaba de morir la madre de Néstor. Veo a Néstor con Yuly haciendo un cuadro plástico. Veo que Néstor le pone crema en los pechos de Yuly y los lame. Pongo voz de circunstancia y le digo a Víctor que le daré la noticia. Que justamente en ese momento estoy con él. Que lamento muchísimo lo que ha pasado. Que no se preocupe. Que seré lo suficientemente diplomático para darle la noticia. Cuando termina el cuadro plástico llamo a Néstor y le digo: Qué buena pareja haces con Yuly. Se ríe. Seguimos tomando. Néstor feliz.



13
El infierno

Es terrorífico. Peor de lo que te puedes imaginar. Ni te cuento. Nada se lo compara. Tu pesadilla más perfecta. Estás allí y un crujir de dientes espantoso. La Biblia es un juego de niños. Es que estás en el infierno y ni te imaginas. Ni te imaginas. ¡Es el infierno! Peor que lo peor. Estás allí en el infierno. El infierno tan temido. Y estás allí. El infierno está abajo, siempre abajo. El cielo arriba. Y estás allí en el infierno dándote vueltas. 6000 grados Celsius. Condenado absolutamente. Por siempre. En el infierno por siempre jamás. Y no vale si alguna puta vez hiciste una buena acción. Estás en el infierno y es tu lugar. No puedes pagar tu hipoteca y ardes en el mismísimo infierno. Tu niño pequeño se ha muerto. Te has quedado sin trabajo. Tu mujer ha sido violada. Tu madre se prostituye en los bares. Nadie viene en tu auxilio. Ninguna palabra de aliento ni nada. Más solo que la soledad antes del Big Bang. Luego duermes bajo un puente. En Santiago de Chile. En Belfast o Nueva York. Vas por ahí mendigando un poco de nada y te dan patadas en el culo. Y cada día desciendes un poco más. Hasta llegar a los 6000 grados Celsius. Ya estás en el centro de la Tierra que es el infierno. Y piensas que aquel lugar es más confortable que aquel otro lugar en donde, por misericordia, te han dejado respirar. Dios salve a Dios. El infierno somos todos.



14
Unfaithful

Sí, amor. Que ya llego. En la peluquería, amor, ya te lo dije. Ja ja ja. Yo también, amor. Claro. Deberías ser más firme y no dejar que use el auto. Mmm… Ya. Eso fue el mes pasado. Seguro. Yo ya hablé con ella. Si tú quieres. Creo que no será necesario. ¿Eso te dijo? Cuando llegue a casa lo hablamos. ¿Qué te parece Bariloche? Sería lindo. Perfecto. No lo dejes usar el auto. Eso me lo contó Nancy, la chica de la peluquería. No te olvides del cumpleaños de Manuel. Creo que me tomará una hora en llegar. También me gustaría. Un rico trago y una peli, qué te parece. Me está quedando monísimo. Sí, mi amor, para ti, para quién más. No, tonto. Sí, adentro. Te fijas bien por favor. Iré mañana y hablaré con ella. Claro. Es verdad. Dile que yo hablaré con él. Sí. El último de Murakami. Ya te dije, en una hora estaré allá. Sí, amor. No, amor. Yo también te quiero, cariño. Chao, amor. Sí, amor. Chao, amor. Adiós, cariño.



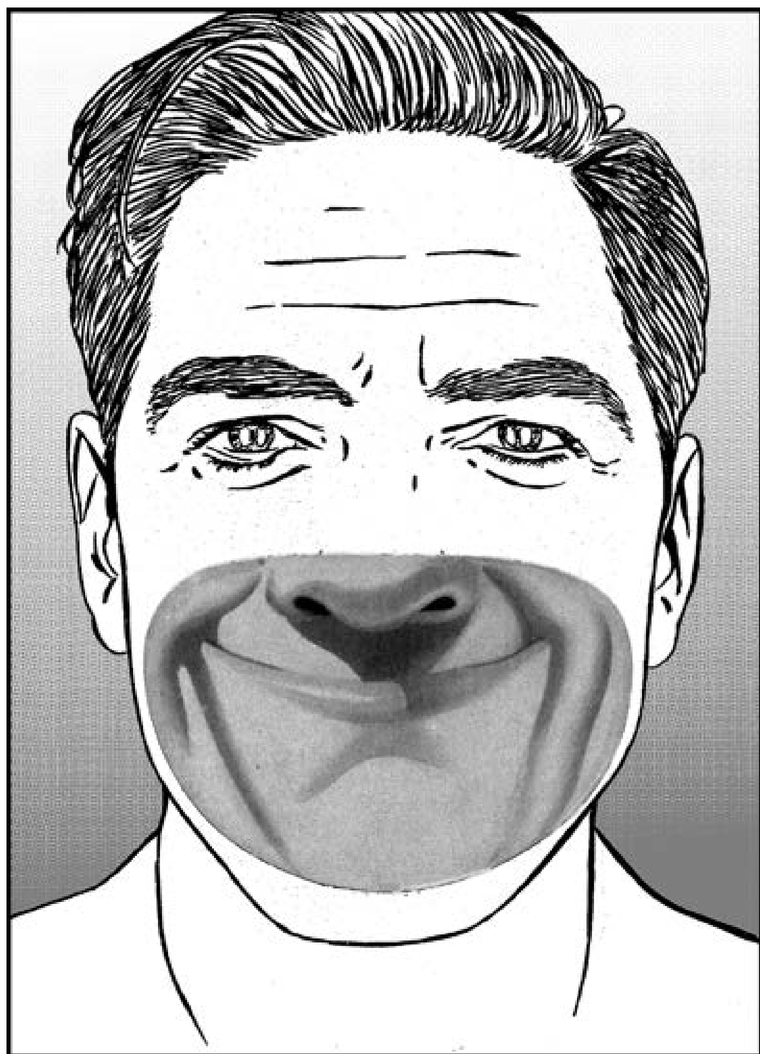
15
Todos me quieren

Sueño que he muerto pero que no he muerto. Me explico. Se ha dado la alarma de mi muerte pero aquello es falso. Estoy vivo. Gente que está a mi alrededor me dice que debería morirme en serio. Que mucha gente está llegando a mi velatorio. Que por favor no los defraude. Yo no puedo hacer nada, les digo. ¡Estoy vivo! Me dicen que ha venido gente de muy lejos. Me tienen secuestrado en una habitación. Me dicen que debo morirme. Que por favor me muera. Que ha llamado María de Madrid y no dejaba de llorar. Que Pamela no lo podía creer, que ayer nomás había hablado conmigo. En verdad no había hablado con Pamela en cinco años. Escucho que entra la señora Bernardita y dice que ayer había hablado conmigo y que estaba bien, que me había invitado a su casa a tomar el té. Lo escucho. Pienso: Puta la vieja mentirosa. ¡Hemos comprado un lindo ataúd! No nos puedes hacer esto. Debes morirte. Escucho al poeta que dice: Hace tres días estuve con él y me dijo que pronto iríamos a pescar en lancha. Pienso: Que te mueras, hijo de puta, que no te veo en mil años. Entre las que lloran está Mercedes, la puta Mercedes que me engañó con mi mejor amigo. "Es que no lo puedo creer", dice ella. Fue el gran amor de mi vida, dice la muy puta. Hay un gran revuelo. Escucho todo. Sigue entrando gente. Todos me han visto el día anterior. Todos me quieren. Escucho llorar a mi familia. Todos me quieren. Me han convencido. Debo morir. Pero no ahora. En fin. Saco del armario mi AK-47 y comienzo a disparar.



16
Pronto volveré a ti

Atiendo el teléfono y La Voz dice: Tenemos secuestrada a tu mujer, si quieres verla viva te costará €10.000. Corta. Fumo cinco cigarros, vuelve a llamar. La Voz: Estás ahí, cabrón, tenemos a tu mujer, ahora te dejo con ella: Mi amor, haz lo que te dicen, te amo, mi amor. ¡Oh, no! No me toques, maldito hijo de la gran chingada, por favor amor, paga esa mierda y pronto volveré a ti. Vende esa puta primera edición de Borges que no te sirve de nada, están dispuestos a todo, te amo. Gritos difusos. Corta. Deambulo por la habitación. Fumo quince cigarros. Me tomo cuatro cubatas. Suena nuevamente el teléfono. El secuestrador me dice: Transfiere los €10.000 a esta cuenta, pinche cabrón. Me da el número de la cuenta. Me tomo dos cubatas más y me voy a la cama.



17
Amores enterrados en la tumba del olvido

¿Qué puede pasar cuando no ves a una mujer durante cuarenta años? Lo mismo que le puede pasar a una mujer cuando no vio a un tipo durante cuarenta años. Una comedia de enredos y equívocos. Y el general Alzheimer como invitado especial. Me hizo un resumen de su vida. Yo hice lo mismo. Fue un encuentro de derrotas mutuas. Me dijo que el tiempo no había pasado para mí. Yo también mentí. Me dijo que nunca se había olvidado de mí. Yo también mentí. Y así durante una hora. Durante una hora hablamos. Hablamos del pasado. De nuestros paseos por la costanera. De Salvatore Adamo y algún otro tío. Del día que le regalé un corazón de chocolate. De cuando su padre nos sorprendió besándonos en la plaza. De cómo me gustaba el dulce de ciruelas. Dulce que ahora odio. De lo enamorada que estaba de mí. De lo enamorado que estaba yo. Antes de marcharse me dio un beso y un abrazo. Yo también mentí. Esto pasó hace tres días. Aquello pasó hace cuarenta años. Todo el tiempo estuve esperando que dijera su nombre. Que dijera por ejemplo: Y tú me decías siempre, Fabiola, Anita, Mercedes, quiero verte siempre con tu falda azul. Y no. No lo dijo. Y eso que hablamos y hablamos. Aún hago esfuerzos por recordar el nombre de esa chica que posiblemente no veré nunca más. Eso espero. Amores enterrados en la tumba del olvido.



18
Una bonita historia de amor

Me llama y me dice que está por llegar. Que pinchó una goma del auto. Necesito estar allá contigo y que me veas puesto el diminuto Victoria's Secret rojo. Voy por el tercer trago cuando llega. Le pregunto si está celebrando algo. Auto rojo, pantalón, chaqueta y botas rojas. Rojo su pelo. Tu salida del hospital, me dice. No tienes mal aspecto, esperaba encontrarte absolutamente deteriorado. Cuéntame algo de tu vida hospitalaria.

Le cuento: Conocí allí una pequeña historia trágica de amor. Se trataba de una madre y su hija. La madre se había encargado toda su vida de criar a su hija. Había nacido con una semiparálisis de las extremidades, más una amplia gama de dificultades. A pocos meses de nacer habían sido abandonadas por el padre y el esposo. La madre enfermó gravemente y ambas ingresaron al hospital. A la misma sala, una al lado de la otra. Estando en el hospital la madre muere. Fue un cuadro estremecedor. Todo el hospital llorando. Da como para pensar que un ser maquiavélico teje los hilos de la vida.

Eres un maldito cabrón, todo lo estropeas, pensé que tu estancia en el hospital te haría cambiar, me puse bonita para ti y mira lo que has conseguido.

Llorando toma su cartera roja y se marcha. Llamo a Jhoana.



19
Sala de aislamiento 1

Veo a Bukowski llegar al hospital. Lo traen en camilla. Hecho mierda. ¡Es Bukowski!, grita Franky. Inmediatamente le ponen una mascarilla de oxígeno, suero y otras porquerías. Es la tercera vez que ingresa, dice la enfermera. Baja la voz y agrega: Este viejo de mierda no tiene cura. Se someterá al tratamiento del copete y luego volverá a emborracharse. Y ahí se quedó. Inmóvil, casi muerto. Roncando, bufando, apenas vivo. Por la mañana amaneció mejor. Le habían retirado el oxígeno y le habían dejado el suero y las otras porquerías. Me acerco y le digo: Abuelo, si usted quiere algo me avisa. Con los ojos entreabiertos, creo que me da las gracias. En verdad no se le entiende un carajo. Le comento que si quiere orinar lo haga en el recipiente chico. Que si quiere cagar lo haga en el recipiente grande. Que una enfermera se encargará de todo. Al día siguiente empeora. Lo vuelven a entubar. Llega el doctor e imparte la orden de llevarlo a la Sala de aislamiento 1. Por la puerta entreabierta observamos que hay una junta de médicos. Luego se produce una enorme agitación. Enfermeros que entran y salen. Viene Franky que está internado por lo mismo y me dice: Te apuesto una botella de vodka que no pasa de las doce. ¡Con lo que me gusta el vodka! Le digo que no, que pasará del mediodía. Que considero que morirá por la tarde. A las cinco de la tarde como mueren los toreros. Apostamos. Después me entero de que Franky ganó aquel día una botella de vodka, una de ginebra, tres de vino y un polvo con Paola de Medicina de Mujeres. ¡Malditos putos borrachos!



20
Mañana, te lo prometo

Mañana te perderé. Mañana dejaré de fumar. Mañana no escucharé a Béla Bartók. Mañana dejaré de beber. Mañana bajaré de peso. Mañana escribiré. Te escribiré. Mañana te amaré. Mañana no te amaré. Mañana seré bueno. Malo. Mañana aclararé todo. Ya verás. Mañana iré de compras. Al dentista. Al cine. Mañana. Mañana pasaré por idiota. Inteligente. Mañana ordenaré mi biblioteca. Mañana te espero a las tres. Mañana bailaré. Mañana no te veré. Mañana será viernes. Mañana volveré a Buenos Aires. Mañana, te lo prometo. Mañana dejaré de pensar en ti. Mañana iré a Punta Arenas. A Santo Domingo. Mañana estaré alegre. Luego triste. Mañana. Mañana te diré todo. Te odiaré. Te mentiré. Mañana aprenderé a bailar. A pensar. Recapacitar. Mañana ganará el Fenerbahçe. Mañana iré a visitar a mi abuelo. A su tumba. Trabajaré la tierra. Plantaré patatas. Arreglaré el grifo del baño. Mañana será distinto. Todo se aclarará. Te lo prometo. Mañana Obama pedirá perdón. Devolverá el Nobel. Mañana se aprobará el presupuesto. Volverás a mí. Te querré. Me odiarás. Una y otra vez, me odiarás. Luego te irás. Para siempre. Mañana. Mañana puedes venir a mi casa. Almorzaremos juntos. Te gustará el menú. Sabes que cada día cocino mejor. Eso lo sabes. Es que lo hago para ti. Luego me perderé. Más tarde me perderé. Te perderé. Nunca más te escribiré. Nada sabrás de mí. Por un tiempo. Porque mañana tomaré un bus. Un bus que me dejará en una ciudad cercana. Una ciudad desconocida para ti. Y luego allí. Tomaré un cuarto de hotel. Un viejo cuarto de hotel. Me ahorcaré. Mañana.



21
Lorena tres minutos

Lorena (30) me llama. Le digo que está bien, que la espero a las 10. Con exquisita puntualidad chilena, llega a las 11. Me da un beso y me pregunta qué tengo para tomar. Sabiendo que solo toma ron, le digo que pida cualquier cosa, que tengo de todo. Me pregunta si tengo ron. Le digo que sí y le sirvo. Me cuenta que es difícil hoy en día encontrar un oído atento. Un ser receptivo y solidario. Alguien en quien confiar. Que ella pagaría cualquier cosa para que alguien verdaderamente la escuche. Le digo que aquello no es necesariamente así. Que siempre hay alguien en quien apoyarse. Que somos muchos más de lo que ella cree, somos muchos los que estamos dispuestos a escuchar a nuestros amigos. Me lo agradece, también me agradece el segundo vaso de ron. Durante dos horas y seis vasos de ron me relata una retahíla de malos momentos. Su padre preso. Su madre embarazada de su amante. La ruptura con su pareja. Un accidente en la ruta 9, en donde se fracturó una pierna. El atraso de las cuentas de luz, agua y gas. Amén de otras cosas, que por decoro no voy a contar. Ya a punto de irse, le pido si me puede hacer una *fellatio*. Se sorprende. Me dice que cómo le digo eso. Le digo que ella misma lo ha dicho. Que pagaría cualquier cosa para que alguien la escuchara. Yo te escuché y tú también podrías ser solidaria conmigo. Yo verdaderamente necesito una *fellatio*. Se ríe. Le digo que aunque sean 3 minutos. Vuelve a reírse. Me pregunta si tengo reloj. Le digo que no tengo, pero que puedo contar mentalmente. Me dice que solo 3 minutos. Comienza. Pasan un par de minutos y me pregunta si estoy contando, le digo que sí. Me pregunta cuánto va, le digo que 1 minuto. Sigue. De nuevo me pregunta si estoy contando, le digo que sí, que estoy en 80 segundos. Dejo de contar, de engañar con mis cuentas. Más o menos cuando han pasado 10 minutos, me pregunta si falta mucho para los 3 minutos, le digo que ya falta poco, que siga. Cuando ya creo ir en los 15 minutos, me dice que se cansó. Le digo que yo también.



22
El hombre ideal

Bien parecido. Elegante. Guapo. Cautivante. Un poco distante. Arrogante. En primer lugar el hombre ideal existe. No soy yo. El hombre ideal fuma, toma cerveza y defeca. Maneja el control remoto de casa. Mira fútbol mientras engulle lo que encuentra a su paso. No hay cosa humana o infrahumana que no sepa. Suele llevar de entrecasa una camiseta Nike adulterada, manchada con algo. Llega a casa a la hora en que los niños duermen. Cuando se ducha deja un reguero de ropas tiradas entre el baño y el dormitorio. Se mete un dedo en la nariz y saca de allí lo que tiene que sacar. Habla de su puto jefe que odia y teme. De la alta o baja temperatura y de la prima de riesgo que desconoce totalmente. Tiene problemas con el vocabulario, la sintaxis y la ortografía. Siempre bien vestido y mal combinado. Conduce ligero y maldice en los atascos. Cree a fe ciega en el horóscopo chino. Es su caballito de batalla. Con el chino horóscopo embaucó a muchas mujeres. Se rasca sus huevos y los olfatea. Se tiñe con L'Oreal negro profundo para rostros claros. Tiene un amigo en el gobierno. Un cuñado actor. Cree distinguir un Merlot de un Cabernet Sauvignon. Escucha a Serrat y a Estopa. En cualquier minuto el mundo reconocerá sus méritos.



23
La flor más linda de La Patagonia

A mis quince años estuve enamorado de la flor más linda de La Patagonia. La encontré ayer por calle Bulnes. Golpe de efecto. Seguro que su maquillador ganó un Oscar. Y no estábamos en Halloween. Pero ella es la que habla: Hugo, no puede ser, apenas te reconocí, se te ve bastante acabado, qué te pasó. Cuarenta años sin saber de ti y si no es por Brenda no te hubiese reconocido. Bueno, ha pasado mucho tiempo y la gente cambia, pero en verdad que has cambiado mucho, gordo, pelado y encogido, jamás te hubiera reconocido. Pero eso sí, conservas ese aspecto despectivo y orgulloso que daba miedo. Esa mirada que hace temblar. Brenda me dijo que habías regresado al pueblo y no lo voy a negar, tenía ganas de verte. ¡Que bueno encontrarte!

A la flor más linda de La Patagonia, nunca nadie le dijo que no lo dijera. Tenía la sinceridad de un cirujano. Era cruel a carta cabal. Deportista, corría los cien metros. Y hermosa, no hay mujer hermosa que en determinado momento no ejerza cierta crueldad. Le pedí a Brenda que me dejase a solas con ella. Paseamos por el pueblo, que también había cambiado. Ahora lleno de hoteles, hostales, restaurantes y turistas. ¡Y semáforos! Fuimos a la playa, si a ese roquerío se le puede llamar playa. Una tarde apacible, cisnes de cuello negro en el mar, el cielo rojo intenso, nubes azules, cormoranes en el viejo muelle. Es que tienes que verlo para creerlo. Si hubiese llegado Vivaldi en aquel momento creo que lo hubiese arruinado todo. Por un instante pensé lanzarla al mar. Luego me contuve. Seguí con ella paseándola en su silla de ruedas. Preguntándole naderías. De qué habían muerto sus padres. Esas cosas. Esas cosas sin importancia. Luego la llevé a su casa. La acomodé como pude. Le di un beso en la frente. Fui todo un caballero. Me marché.



24
Me compré un abrigo largo

Había fracasado en casi todo. En todo. Hasta en lo más mínimo. Entonces decidí ser poeta. Me compré un abrigo largo. Una boina. Lentes. Unos zapatos raros. Puse cara de melancolía. Me convertí en poeta. Profesión: Poeta. En los lugares más inverosímiles me presentaba como “Poeta”. Y así fue acrecentándose mi fama. Ahí va el poeta. ¡Hola, poeta! Cómo le va, poeta. Usted qué opina, poeta. Hasta que un día conocí a un verdadero poeta. Una mierda de tipo. Entonces decidí ser sicario. Es una lástima. Pero todos mis trabajos no me conducen a ningún poeta. He matado a mujeres infieles. Hombres cornudos. Problemas de herencia. Narcos que se quedan con todo el alijo. Esposas de ministros y subsecretarios. Y un largo etcétera. Pero nunca nadie me pidió matar a un poeta. Será de Dios o del diablo. Será –posiblemente– que nadie los quiere. Que nadie los odia. Ni siquiera vivos. Ni siquiera muertos. Yo que con tanto placer y ardor hubiese disparado a Neruda. Degollado a Whitman. Cortado en pedacitos a Dylan Thomas. Ahora no me queda más que ir por el mundo matando gente inocente.



25
Mi tremendo pene

Mi vida está hecha de una furibunda rutina matemática. Día a día. Drásticamente comienza a las 7 de la mañana. Es la hora en que mi minimalista reloj acusa una sirena suave e insoportable. Me levanto. A las 7 y 10 despierto a mi hijo. Tiene 9 años y sé que es un crimen que vaya a un colegio en donde constantemente debo hacer el trabajo de que desaprenda lo aprendido.

Toma su desayuno a las 7 y 20. El transporte llega a las 7 y 30. Lo despido, le doy un beso. Se va. Vuelvo a la cama y duermo hasta las 9 de la mañana. Y es la hora en que verdaderamente sueño. Podría escribir numerosas páginas con mis sueños. Soy, no lo niego, carne de psicólogo. ¿Quién no lo es? Los psicólogos, los sociólogos y la CIA conocen más cosas de nosotros que nuestra madre. Y sueño. Pero nunca como el sueño que tuve este último viernes. Después que se fue mi hijo. Soñé que estaba en el baño de mi casa. Que de improviso de entre mis piernas comenzaba a crecer algo descomunal. Era mi pene. Crecía. Largo y grueso. La verdad que el crecimiento era vertiginoso y no paraba. No paraba de crecer. Y se paraba. Y crecía. Mi pene-verga-polla-pico crecía. Más y más. Más que la de John Holmes. Más que el semental italiano Rocco Siffredi. Ya iba en medio metro y un poco más. Me angustiaba. En el sueño pensaba que jamás podría hacer el amor con mujer alguna sin producir pavor e hilaridad. Mi angustia sobrepasaba todo límite. Debo despertarme. Debo despertarme. Eso pensé durante el sueño. Despertarme. Y desperté.

Desperté aliviado. Contento. Era solo un sueño. Nada más que un sueño. Feliz de tener el pene pequeño de siempre.



26
El poema perfecto

Al terminar de escribir el poema me sentí satisfecho. Me dije que era un buen poema. Pensé que estaba bien hecho. Es lo que quería expresar. Por fin las putas musas vinieron a mí. Leí el poema dos veces y lo encontré bueno. Y lo leí por tercera vez. Me di cuenta de que había que quitarle una coma. Se la quité. Ahora sí el poema era perfecto. Lo leí en voz alta. Todo tenía que ver con todo. Esa coma que había quitado era absolutamente necesaria quitarla. Estaba finalmente terminado el poema. Aunque nadie lo hubiese notado. La coma que le quité era fundamental. Entonces me decidí; era la versión definitiva. Era un buen poema el que había escrito. Repaso la lectura del poema y me di cuenta de que la coma que había eliminado no tendría que haberla eliminado. La repongo. Ahora sí, con la coma repuesta, es otro el poema. Tiene mayor fuerza. Es verdaderamente un poema de marca mayor. Perfecto. ¡*Fiat lux*! Se hizo el poema. Era la versión definitiva. Luego reviso e inmediatamente sale a la luz que la coma que repuse no tenía que...



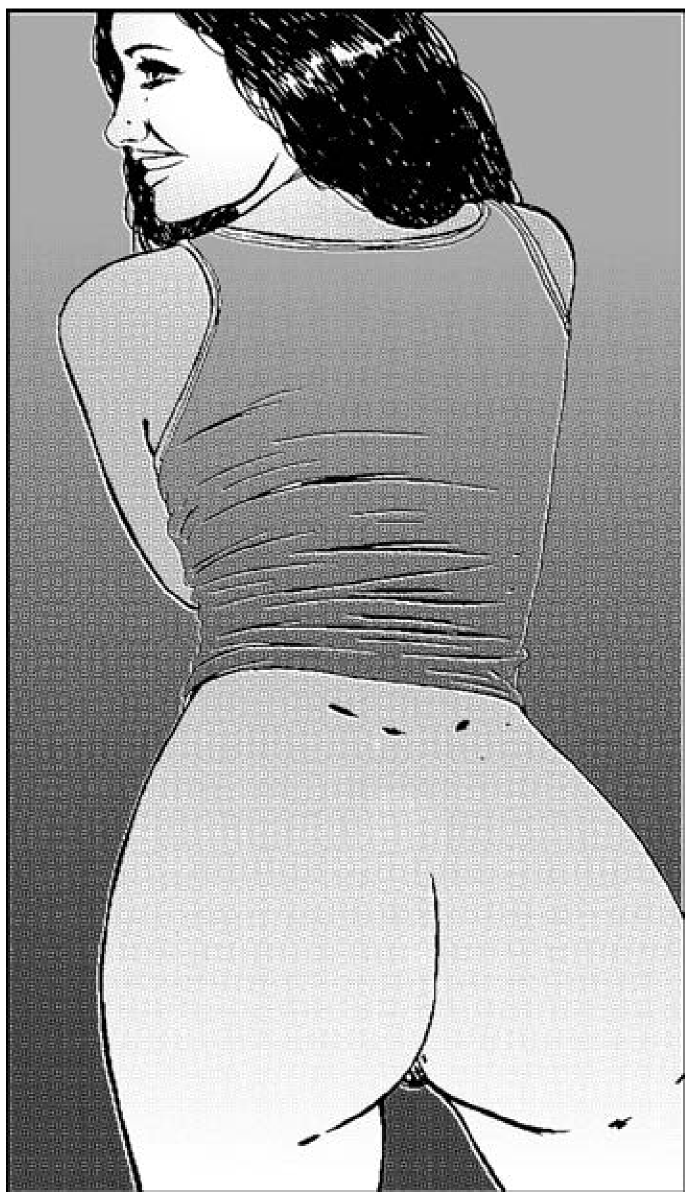
27
Una de gitanos

Tres veces conté el mismo chisme y me resultó. Soy gitano. Entonces veo a una turista atractiva y me arrimo. Tengo buen olfato. Soy gitano. ¡Cantidad de mujeres que les gustan los gitanos! Anoche me lié con Carol. Carol de Minnesota. Le dije que me llamaba Bavol. Que significaba viento de ciudad. Le hablé de mi vida zíngara. De mi vida nómade. La blonda Carol extasiada. Decía: Quiero ir a tu tienda. Quiero ir a tu tienda. Quiero ser tu mujer gitana esta noche. Tengo bien aprendido mi papel. Todo aprendido de la Wiki. No la llevé a mi tienda. No tengo tienda. No soy gitano. La llevé al Hostal Melissa. Ella pagó con su tarjeta. Luego se quedó dormida. Me llevé su cámara fotográfica y sus bragas.



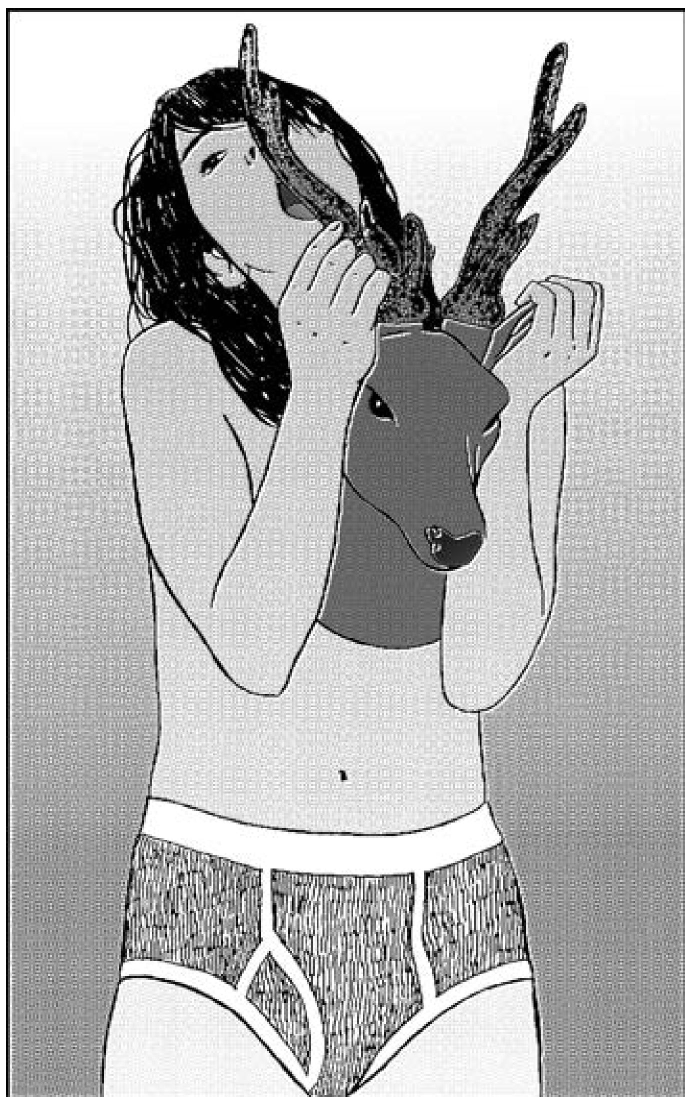
28
El Club de los Amores Muertos

Cada tanto el amor se termina. Es un cataclismo. No atinamos a nada. Es un pequeño cataclismo. Las olas golpean fuerte en tu corazón. Debes empacar e irte. No hay remedio. Debes alejarte de la rompiente. Tomar el primer tren. Alejarte. Debes alejarte. Volver a ese lugar solitario tantas veces recorrido. Es duro. Ya sé que es duro. Debes hacerlo. Convertirte en sombra de tu sombra. Caminar sin rumbo por derroteros desolados. Caminar sin rumbo, sin alma, sin gente. Seguro que al menor descuido los pájaros del adiós te sacarán los ojos. Caminar por lugares en donde no crece la hierba. Y solo. Completamente. Sabiendo que el mundo se deforma. Que todo ha dejado de tener sentido. Que el tigre atenaza su presa. Y vas y vienes. Das vueltas por ahí. El mundo es un paraje desierto. Hasta que llegas a un terreno baldío. Es el Club de los Amores Muertos.



29
No existe un lugar apacible

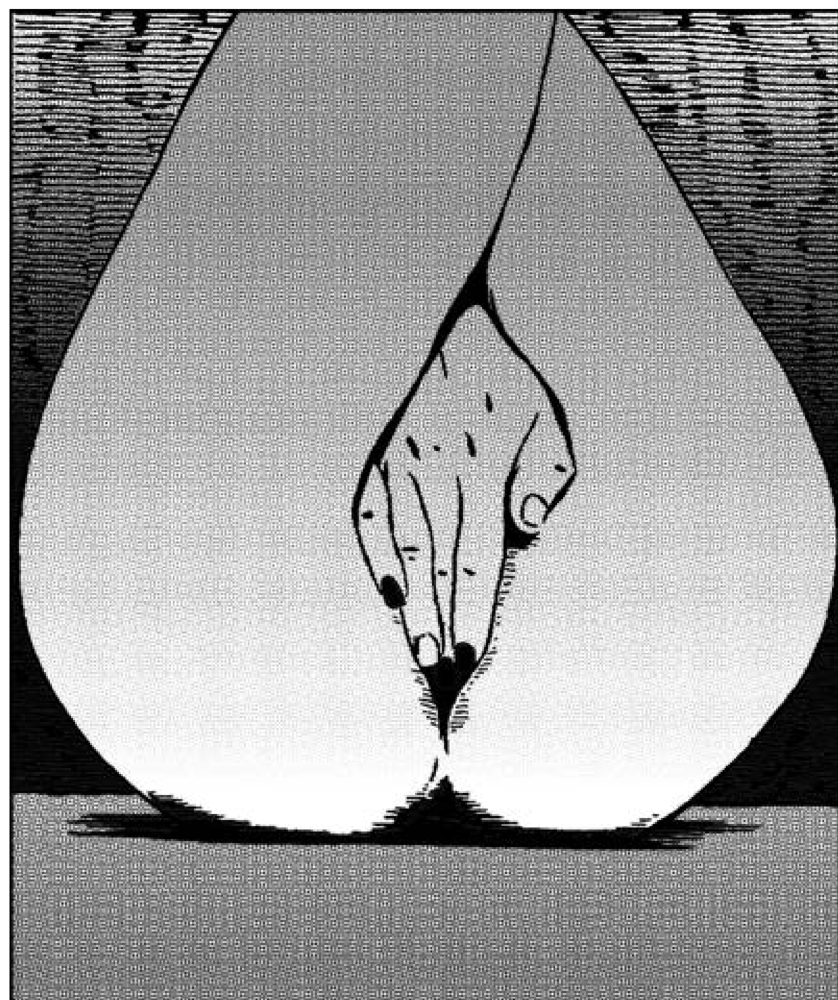
No existe un lugar apacible. No existe la campiña inglesa. El fiordo encantado. El ventisquero perfecto. La avenida limpia. El policía gentil. La rosa transparente. No hay señales que te indiquen la hecatombe. Solo un salto al vacío. Solo reflejos de felicidad maldita. Un bregar constante de cuchillos afilados. Conoces a una mujer en un bar. Entre la música, las copas y el destello. Luego vas a su cuarto y es magnífico. Amanece y te duele la cabeza. Ella dice que debe pagar la última cuota. Y siempre así. Ese tipo de diálogos insostenibles. Has vivido equivocado pensando que el amor te salvaría. Que te redimiría. Que podría mantenerte a flote. Que como el salmón, podrías remontar la corriente. Y ahora viajas con ojos vacíos en un subterráneo. Apretujado. Anónimo. Rumbo a ninguna parte. Luego vuelves sobre tus pasos. Y ríes. Comentas las últimas noticias de prensa. Y vuelves a enamorarte. Y otra vez. Amanece y te duele la cabeza. Ella. La otra. Dice que debe pagar la última cuota. Y así. Una y otra vez. Hasta que llega el momento. Cansado. Inútil. Hermano de la ameba. Das tu último puto suspiro.



30
Soñé con un campo cubierto de amapolas

Soy una chica normal. Debo ser buena. Comprensiva. Tolerante. Saludar por las calles, en los supermercados, por cada lugar que paso. Pero por una simple cuestión de higiene personal siempre voy armada. Llevo mi metralleta. Mi AK-47 cuerno de chivo. Siempre voy armada. Matando gente a lo loco. Con mi AK-47 ayer caminé por las calles del pueblo. Maté a cinco poetas. Un cura. Tres señoras de la caridad. Dos taxistas. Un alcalde. Dos concejales. Un agente de turismo. Un dueño de un prostíbulo. Tres agentes policiales. Cuatro profesores. Un sociólogo. Un pintor. Un juez. Un abogado. Un director de colegio. Un comerciante. Veinte agentes culturales. Dos músicos. Un farmacéutico. Un vendedor de diarios. Una mujer en silla de ruedas. Luego regresé a mi cuarto. Más tranquila. Sosegada. Liberada. Pausada. Puse el CD *Epistrophy* de Thelonious Monk. Me serví una vaina[2]. Leí un par de páginas de *La importancia de vivir* de Lin Yutang. Luego me fui a la cama. Soñé con un campo cubierto de amapolas.

2 Vaina: cóctel y aperitivo tradicional de Chile (N. del E.).



31
Acá no pasa nada

Es que no pasa nada. Acá no pasa nada. Te lo puedo asegurar. Acá no pasa nada. Y hay que inventar porque aquí no pasa nada. Y en eso estamos, inventando, porque aquí no pasa nada. Y voy por la calle en donde no pasa nada. Y encuentro a gente que no le pasa nada. Voy por los bares en donde nada pasa. Me encuentro con amigos que no les pasa nada. Me llama Javier que no le pasa nada. Luego me llama Sofía que no le pasa nada. Y luego llega triste Francisco y le pregunto qué le pasa, me dice que no le pasa nada. Nada, en ningún lugar pasa nada. En la televisión no pasa nada. En Beijín no pasa nada. En Nueva York no pasa nada. A Sharon Stone no le pasa nada. A Nicolas Sarkozy no le pasa nada. A la Nasa no le pasa nada. A Colombia no le pasa nada. A nadie le pasa nada. Le cuento a Gustavo que acaba de dejarme Romina. Que estoy desesperado. Que pienso matarme. Que era el amor de mi vida. Que sin ella mi vida no tiene sentido. Me dice que no pasa nada. Que Romina es una listilla. Que antes de mí, intentaron matarse por ella Pedro, Felipe y Carlos. Que nadie merece matarse por ella. Destapo una botella de vino. Pongo a Evaristo. La puta vida sigue igual.



32
La poesía arruinó mi vida

La poesía arruinó mi vida. Tendría que haber sido futbolista. Anarquista. Economista. Dedicarme a cultivar mi huerta. A ver salir el Sol. Comandar un ejército poderoso. Ser albañil. Construir. No sé cómo mierda la poesía se atravesó en mi camino. Estaba destinado para cosas mayores. Fundar una República. Mi padre me dijo un día que yo podría conquistar la luna. Era pequeño y lo recuerdo. En aquel momento la luna era una quimera. Nadie había estado allí. Mi padre tenía razón. Estaba destinado para las ligas mayores. Y de repente la puta poesía se atravesó en mi camino. Me arruinó. Me hizo mierda. Conocí al puto de Rimbaud. Y eso cambió mi vida. Me la arruinó. Ahora todas las chicas me dicen adiós. No inventé nada. Nada construí. Cada día más pobre que el pobre más pobre. Me paso la vida citando a putos poetas que nunca llegaron ni siquiera a *placé*. Publiqué un librito que nadie lee. Que nadie cita. Que pasará al olvido tanto como aquel tipo que estaba destinado a las ligas mayores. Algún día alguien se acordará de mí. Se acordará como el tipo al que la poesía arruinó su vida.

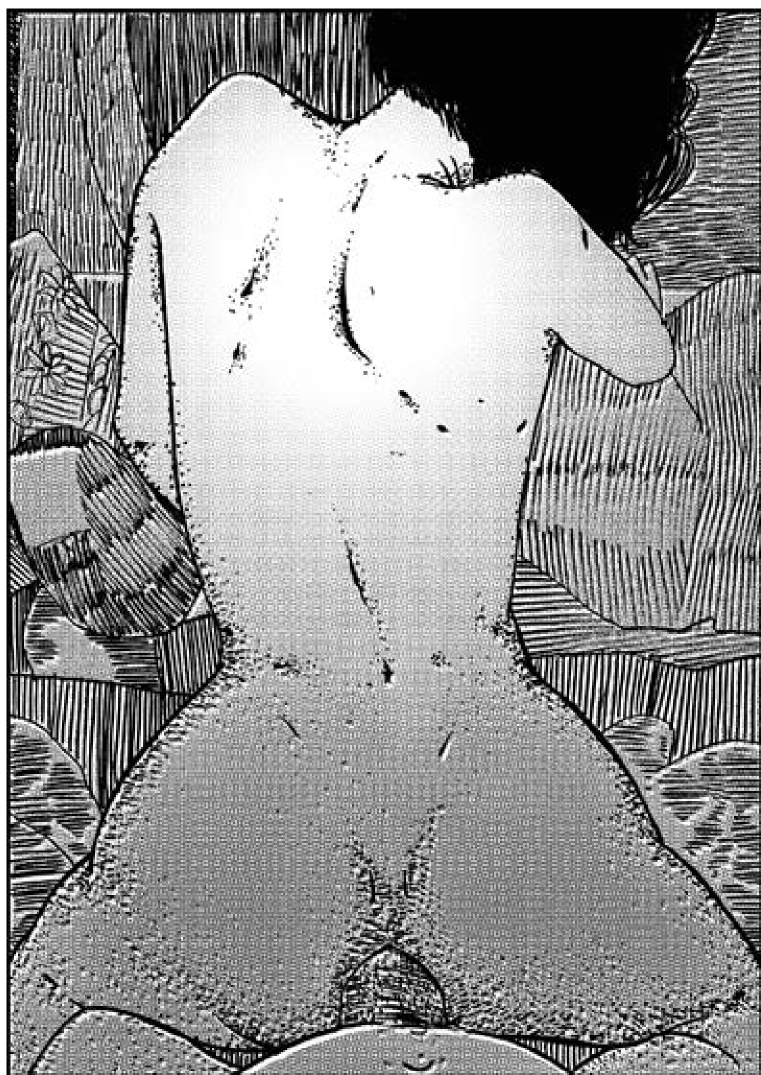


33
¿Quién es Javier Molinero?

Dicen que es un tipo que vive por Madrid. En Madrid. Parece que es artista, dibujante, poeta, contrabandista, mafioso, político o algo peor. Alguien por ahí me contó que lo vio en Belfast, en Berlín, en Singapur. Guillermo me asegura que lo vio en una película de Fassbinder. Javier (otro Javier) me dijo que es un camello de los mejores. Llega a tiempo y se va sin prisa. Salvador me contó que un día vio a Molinero del brazo de la Virgen María. Mazzeo asegura que lo vio pelear con Muhammad Ali. Y así. Ningún dato fidedigno. Nada claro. Todo difuso.

Camino por calle Bulnes y me encuentro con Patrick Modiano. Le pregunto: ¿Patrick, tú sabes algo de Javier Molinero? Deja su bolso de compras del supermercado en el suelo y me dice: Es un tío fenomenal. Recuerdo aquella vez que surcando los mares tormentosos del Cabo de Hornos, a golpe de timón, salvó embarcación y tripulación.

En el bar Melissa conozco a Dolores. Me enamoro. La chica más hermosa del conurbano planetario. Miel sobre hojuelas. El polvo más polvo de mi vida. Me enamoré. Sabía que no tendría que preguntarle si conocía a Javier Molinero. Lo sabía. Me respondería algo así como: Fue el gran amor de mi vida, follaba de maravillas, irremplazable, etcétera. Gracias a no preguntarle a Dolores por Javier Molinero, sigo con Dolores. Hasta el día de hoy.



34
Corazón corazón

Caminando por la costanera de Puerto Natales vimos muy abrazaditos a Kafka y Milena, todo hace presagiar que aquellas nubes de tormenta que el verano pasado tuvo la pareja, han desaparecido.

En el Bar Alhambra vimos al pulcro Ernest Hemingway y Katie Holmes en una escena muy romántica mientras bebían daiquirí. Con esta noticia confirmamos que la relación que mantenía la hermosa Katie con el varonil Tom Cruise ha finalizado. Ambos ahora forman una linda parejita.

El playboy español Javier Molinero y la bailarina y coreógrafa Isadora Duncan han roto su relación. Hemos visto a Molinero con una exuberante belleza colombiana y a Isadora con el escritor y ganadero natalino Jorge Díaz de Bustamante.

En Melissa pudimos observar en una escena muy sugestiva a Cervantes con Borges. Todo aquello de lo cual hablaban las revistas de moda y de tejer a *crochet*, digamos que está plenamente confirmado. Debemos abrir nuestras mentes y aceptar las cosas tal como son. Desde acá les enviamos a ambos todo nuestro cariño y admiración.

Entre los miles de turistas que han llegado a nuestras playas, pudimos observar a Charles Bukowski paseando frente a la Capitanía de Puerto. Iba tomado de la mano con John Wayne, ambos radiantes. Llevan varias temporadas asistiendo a las playas de Puerto Natales y ya sus figuras se han hecho familiares por acá. Les damos la bienvenida una vez más.

Después del escandalete que significó la ruptura de Leopoldo María Panero con Chabuca Granda, en donde intervino la fuerza pública en el bar Manos Limpias, se ha sabido que Leopoldo María ha fijado su residencia en Cerro Castillo, donde estaría viviendo

tórrido romance con el que fue el esposo de Carla Bruni y expresidente de un país europeo.

Hemos visto ingresando a una residencia de calle Libertad al poeta Niki Kuscevic. Posteriormente, también ha ingresado a dicha residencia Virginia Wolff. Todo hace suponer que entre ellos se ha restablecido la relación. Nos alegramos por ellos ya que forman una de las parejas más estables de nuestra farándula.

El artista plástico argentino Yoel Novoa, como cada año, ha llegado a Puerto Natales con su yate *Parsifal*. Nos ha prometido una entrevista, cosa que nos ha puesto muy contentos. Actualmente Yoel ha iniciado una incipiente relación con Gala, la que fuera mujer de Salvador Dalí. ¡Enhorabuena, Yoel! Que disfrutéis de nuestras playas junto a Gala. Toda la dicha para ustedes, tortolitos.

El joven príncipe heredero de la corona de Andalucía, Manuel Marcos, fue visto en un chiringuito cercano a Puerto Bories, con la que fue la cuarta esposa de Enrique VIII, Ana de Cleves. Ellos viven actualmente en el castillo de Hever y todos los años pasan largas temporadas en Puerto Natales. Les deseamos una feliz estancia a Manuel Marcos y Ana.



35
Nunca fui un buen chico

Me entero por Ernesto de la muerte de la madre de Leonor. La madre muere de cáncer a la edad de 45 años. Leonor tiene 24. Ernesto me dice que Leonor la asistió hasta el último momento. Veo venir a Leonor y le pregunto cómo está. Me dice que su madre murió. Pongo la mejor cara de sorpresa que dispongo. Le doy el pésame y un beso, le digo que su madre era una buena mujer y que de verdad lo lamentaba. Luego vamos a tomar un trago a La Alhambra, en Baquedano, con Esmeralda. Un trago tras otro. No hablamos sobre la madre. Salimos de allí y nos fuimos a pasar la noche a un hostal. Al mismo al que dos años antes fui con su madre.



36
Una mañana en Punta Arenas

Camino por el puerto de Punta Arenas mientras cae la nieve. Es de mañana y todas las luces encendidas. Entro a una librería que inmediatamente se convierte en peluquería. Un croata y su hija la atienden. Me explican que la única manera de captar clientes es poner libros en la vitrina. Me dicen que en la ciudad existen 2000 poetas y que todos usan sombreros. En cuanto entra uno le quitan el sombrero y comienzan con su limpieza. Cómo no se me ocurrió poner un negocio así. Luego viene una señora de pelo blanco que me pregunta si en verdad quiero pasar al sauna que está al lado. Sin esperar respuesta me conduce de la mano. A mi encuentro viene una giganta de Baudelaire. Se abalanza sobre mí y me tira en una camilla. Me besa con frenesí. Hacemos el amor rodeados de gente como fantasmas. Viene luego la hija del croata y me regala un sombrero. Salgo de allí rumbo al Cine Politeama. Es la tercera vez que veo *Uno más al infierno*, con George Hilton.



37
Lucy trabajaba en una carnicería

Lucy trabajaba en una carnicería. Me hice adicto a esa carnicería. Después del pedido llegaba donde Lucy que estaba en la caja. Cuatro veces por semana pasaba por la caja. La caja donde estaba Lucy. Frente a ella transpiraba, tartamudeaba, me ponía frenético, estúpido. Un día fui el primero en llegar a la caja. A las nueve de la mañana. Lucy no estaba. No había nadie en la caja. Esperé. Luego le pregunté al dependiente. Me dijo que la cajera estaba haciendo sus necesidades. Que esperara. Esperé. Se me vino el mundo abajo. No podía ser posible que Lucy estuviera haciendo sus necesidades. No lo podía creer. No lo podía soportar. Luego llegó Lucy y ya no la veía como Lucy. La chica más linda del lugar. Sino como un matambre, una cabeza de vacuno o un cuarto de cuadril. Me sonrió como siempre, pagué y me fui. Se lo comenté a Julián. Me dijo que la vida es así. Que no me preocupara. Que las lindas también mean.



38
Hace mucho que no sé nada de Milena

Hace mucho tiempo que no sé nada de Milena. La última vez que la vi me dijo que estaba saliendo con un tipo que se llamaba Franz. Franz Kafka. Quién mierda es Kafka, le pregunté. Me dijo que era un tipo que trabajaba en una oficina y que escribía. Que el tipo estaba locamente enamorado de ella. No lo podía creer. ¡Un tipo enamorado de Milena! No podía creer que alguien en el mundo pudiese estar enamorado de la estúpida Milena. Una atorranta de aquellas. Seguramente ese tipo, Kafka, era un idiota bueno para nada. Lo mismo que ella.



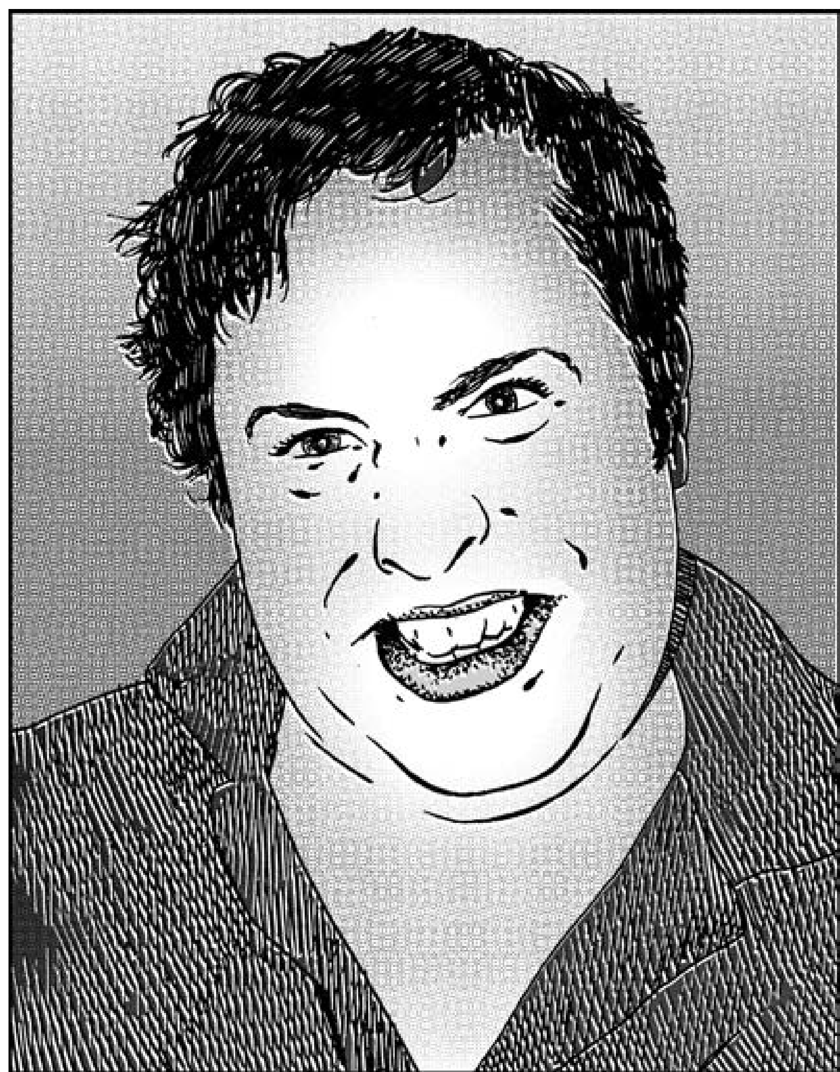
39
Una linda velada

Cumplí 18 años y fui a conocer a mi padre. Tomé un bus a Río Gallegos, Argentina. Lo fui a conocer. Lo había visto un par de veces cuando chico. Tenía una serie de comentarios adversos, principalmente de mi madre. Entonces lo fui a conocer. Alguien, no sé quién, me dijo que trabajaba en el puerto. Fui al puerto. Al puerto de Río Gallegos. Al primer tipo que encontré le pregunté por mi padre. El primer tipo que encontré me dijo: "Ese que está ahí, es Raúl". Me presenté. Nos dimos las manos y un abrazo. En todo momento fue muy atento conmigo. Yo con él también lo fui. Me invitó a su casa. Siempre muy atento. Cordial. Conocí a su mujer y a sus hijos. Cenamos. Siempre tan atento. Me pareció un buen tipo. Su mujer, una señora muy agradable, respetable. Una linda velada. En un momento determinado quedamos solos. Me comentó que probablemente yo no sea su hijo. La verdad que lo estaba pasando tan bien que aquello no tenía importancia.



40
Un par de litros de cerveza y a la cama

Tengo ganas de escribir y no sé qué. Si poesía o prosa, si largarme con una novela o un cuento. Tengo ganas de escribir. Escribir por ejemplo: "La noche está estrellada y tiritan azules los astros a lo lejos". Luego pienso que no es un buen verso como para comenzar. Pienso que si escribo aquello: "La noche está estrellada y tiritan azules los astros a lo lejos", mis lectores me verán como un perfecto pelotudo que no sabe escribir una frase decente y abandono. Lo que pasa es que escribo la frase y la veo un poco mariconcita y no de un hombre hecho y derecho como yo. Luego, no voy a escribir cabronadas. Hago el intento nuevamente: "Muchos años después, frente al pelotón de fusilamiento, el coronel Aureliano Buendía había de...". Y no me gusta, realmente no me gusta, me parece decepcionante. Parece muy poco creíble que un tipo, sobre todo un coronel, se llame Aureliano Buendía, lo encuentro excesivamente literario, es que ni siquiera un soldado se llama así. Evidentemente que sería un escrito destinado al rotundo fracaso. Nuevamente trato de escribir: "Al despertar Gregorio Samsa una mañana tras un sueño intranquilo, encontróse en su cama convertido en un monstruoso insecto...". Escribo lo que escribo y no me gusta. Esta noche no me sale nada. Hago el último intento: "En un lugar de la Mancha de cuyo nombre no quiero acordarme". No hay caso. Nada me sale esta noche. Mañana seguramente las musas serán más benignas. Mejor me tomo un par de litros de cerveza y a la cama.



41
La última carta de Manuel

Noche tras noche, tras noche, Manuel apostaba en el casino. Taxista de profesión y ludópata por adopción. Jugaba, ganaba, perdía y perdía. El casino se había convertido en su mayor fuente de egresos. Lo peor que te puede pasar en un casino es ganar. Y Manuel a veces ganaba. Irremediablemente al ganar vuelves por un nuevo botín. Era lo que hacía Manuel. Integrante de Radio Taxis Milodón, giraba por el pueblo en busca de clientes. Cuando completaba su tercera carrera se dirigía al casino, directo al tragaperras. Y allí pasaba un buen rato hablándole a la máquina, acariciándola, retándola, dándole consejos. Su afición era conocida por la gente del casino y sus compañeros de trabajo. Sus apuestas no eran importantes pero en el tiempo que llevaba jugando sí. Hasta que un día llegó el día. El gran día. El día que obtuvo un préstamo de una financiera para pagar en su totalidad la deuda del taxi y y la hipoteca de su casa.

El préstamo le dio ánimo como para doblar la apuesta y salir de una vez por todas triunfante del casino y no volver nunca más. Nunca más era su cantinela predilecta. Nunca más. No voy a volver nunca más.

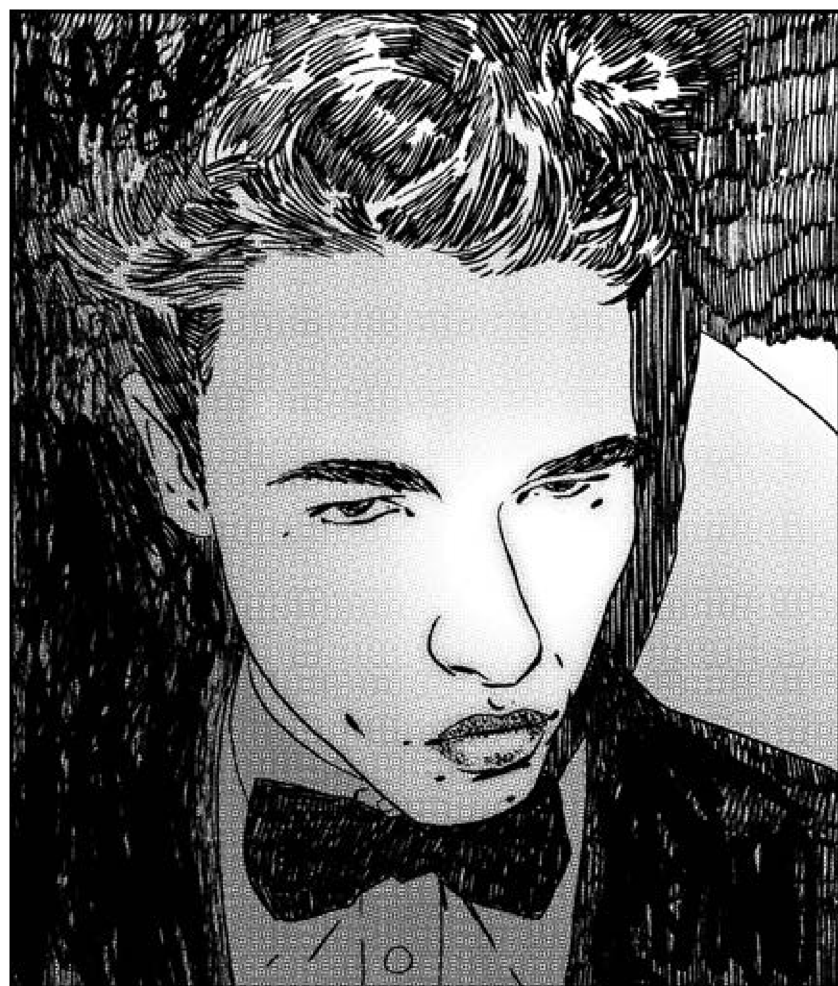
Al cabo de dos horas Manuel le dio una patada a la máquina, una patada al préstamo de la financiera y otra patada a su vida. Redactó una carta, su última carta, en donde se despedía de Laura, su mujer, de Manuelito, su hijo, y de sus compañeros de trabajo. Daba algunas recomendaciones banales y al final de la carta decía que nunca había podido superar su adicción al juego y que lo enterraran con la camiseta del Bories, club de sus amores.

No fue sino hasta las tres de la tarde del día siguiente que encontraron el taxi de Manuel a veinte kilómetros de Natales. Estaba inclinado peligrosamente frente al mar. Sus puertas abiertas y sin rastro de él. La escena era francamente apabullante. Su mujer y el hijo abrazados

y llorando. Los compañeros de trabajo se tomaban de los pelos y hasta el viento de La Patagonia arreciaba con más fuerza en aquel paraje desolado de roqueríos y pasto seco.

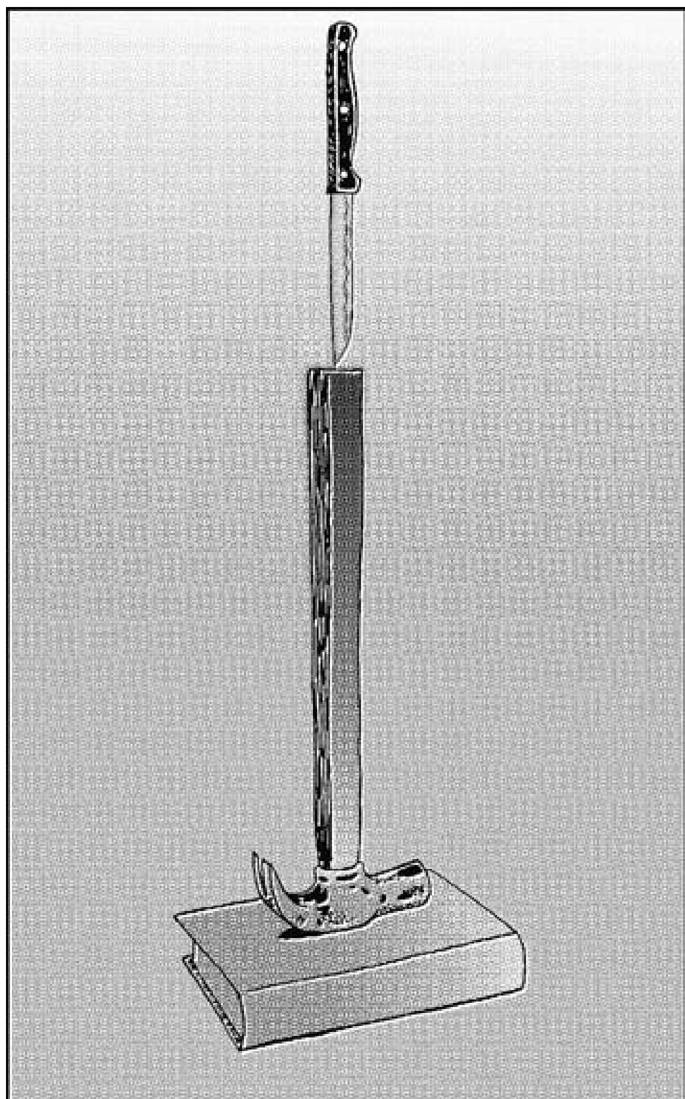
Llegó el juez, el fiscal, la policía y algunos curiosos que nunca faltan. Solo faltaba Manuel. Manuel que apareció por la casa de noche, llorando, empapado en agua, tiritando y pidiendo perdón. Perdón que fue inmediatamente concedido por la mujer, el hijo y los compañeros de trabajo. Todos ellos sabían que la lección debía ser eterna, el perdón siempre tiene carácter transitorio. Al día siguiente fueron al casino y hablaron con el gerente. La entrada de Manuel sería vedada por los siglos de los siglos. Verdaderamente era el comienzo de una nueva vida. Nunca más.

Un mes después Miriam, la expendedora de entradas al casino, vio llegar a personajes francamente extravagantes; una viejita platinada con grandes gafas de carey. Al otro día a un anciano con muletas y pelo cano. Al otro día a un tipo de lentes oscuros y abrigo largo. Y así.



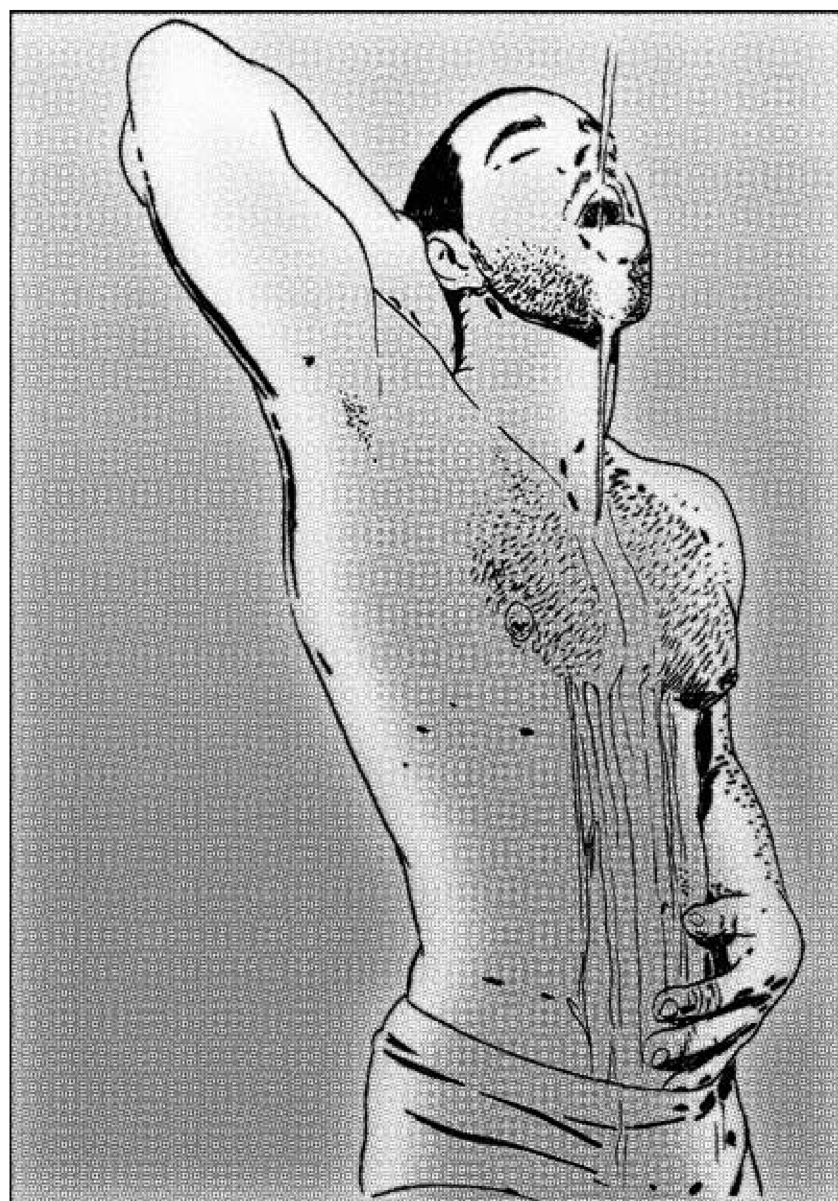
42
Jamón de jabugo y caviar ruso

Las vidrieras me hicieron delincuente. Los autos dorados. Los adulterados. Todos ustedes, señores de la buena mesa y las buenas maneras. Sus restaurantes. Sus jueces, unos más corruptos que otros. Vuestros legisladores, sus amantes y sus niñeras de aspecto circunspecto. Sus hermosos condominios protegidos amurallados. Vuestras amantes amamantísimas traídas desde lejanos y exóticos países de la furia. Usted, señor ministro, que sonríe permanentemente porque su vida y su cargo son eternos. Ustedes que pasan y pasan y se exhiben en las pasarelas rojas, en donde bribones aplauden sus estúpidas frases de pacotilla. Ustedes me hicieron malhechor. Y me exhiben en la televisión. Amarrado, encadenado, apaleado. El reporte dice que me darán veinte años. He matado al jefe de familia. Un empresario textil. De botín no obtuve nada. Joyas de la familia, un plasma, un computador y ropa deportiva de los hijos. El empresario tomó un arma y yo fui más rápido. Eso fue todo. Nada más. Y las vidrieras seguirán por siempre. Los autos dorados seguirán rodando. Los señores visitarán como siempre el mejor restaurante de Santiago de Chile o de Santiago de Compostela. Los legisladores seguirán haciendo leyes para sus primos y hermanos. Sus amantes serán cada día más lindas y voluptuosas. Los ministros seguirán sonriendo por toda la eternidad. Aun con una zanahoria en la boca y un palo de escoba en el culo, seguirán sonriendo. Es evidente que la prensa no dice la verdad. Toda la verdad. El empresario textil murió. Yo nací muerto. Y seguiré muerto durante veinte años más.



43
Nosotros los escritores

Nosotros los escritores en esta encrucijada en que el libre mercado. Nosotros los escritores vislumbramos que ante la eventualidad. Nosotros los escritores que abajo firmamos, hemos decidido. Nosotros los escritores latinoamericanos venimos aquí a. Nosotros los escritores anunciamos a la opinión pública. Nosotros los escritores que viajamos al encuentro que se celebra en. Nosotros los escritores hemos confrontado. Nosotros los escritores ante la invasión de. Por tanto y en cuanto nosotros los escritores. En nuestra última reunión nosotros los escritores. Ante la muerte del escritor. Nosotros los escritores estaremos presentes con. Nosotros los escritores hemos señalado. Nosotros los escritores nos hemos reunido con el gobierno para. Nosotros los escritores como anteriormente ante la misma circunstancia. Nosotros los escritores repudiamos la. Nosotros los escritores no seremos más. Nosotros los escritores y en la medida de nuestras posibilidades. Nosotros los escritores hartos ya. Nosotros los escritores declaramos que ante el abuso. Nosotros los escritores libres de ataduras. Nosotros los escritores abogamos por el pronto reinicio de. Reclamamos por el precio de los. Nosotros los escritores viendo que las autoridades. Nosotros los escritores no seremos más. Que ante la próxima Feria Nacional del Libro y la Lectura, nosotros los escritores. Y pedimos encarecidamente que las agregadurías culturales. Por lo tanto nosotros los escritores rechazamos. Nosotros los escritores estamos al tanto de que. Y es así como nosotros los escritores. Nosotros somos el reservorio que la humanidad ha. No quepa ninguna duda que nosotros los escritores. Solemnemente.



44
El olor de Susana

Faltaban veinte días para que su mujer regresase de vacaciones. Susana le dijo aquella noche, tómate una buena ducha para que se te vaya el olor. No te preocupes, le dijo Gonzalo, faltan veinte días para que mi mujer regrese de vacaciones. En veinte días se me irá el olor, ¿no crees? Pero eso no sucedió. Gonzalo me vino a ver desesperado cuando faltaban cinco días para que regresara Alicia y el olor de Susana que no se iba. No sabía qué hacer. Decía que había intentado de todo. Perfumes caros y baratos, grasa de lobo, aceite de alquitrán y los consejos de una comadrona. Es que me quiero morir, decía Gonzalo. Se trató solo de una noche y este maldito olor de Susana que no se va. Apenas vuelva Alicia se dará cuenta de todo. La verdad que yo tampoco tenía la solución para su mal. Si lo supiese inmediatamente le habría entregado la fórmula. Hace cinco años tengo este maldito puto olor de Susana que no se me va.



45
El presidente de Toshiba

Francesca me llama y me pide el video. Le digo que no lo tengo. Que lo destruí. Me regaña. Me dice que cómo, que por qué lo hice. Le digo que trato de no conservar nada que me involucre con mi pasado de artista porno. Me dice que soy un tonto. Un pelotudo. Que justo ahora conoció a un marino japonés que pagaría cualquier cosa por un porno amateur patagónico y yo el recontrapelotudo no lo tengo. Le pregunto cuánto pagaría el marino japonés. Ya te digo, me dice. Escucho hablar entre susurros. 500 euros, me dice Francesca. Le digo que venga ahora y le hacemos uno. Me dice que el marino japonés quiere participar. Entonces son 10.000 euros, le digo. Es un marino japonés, me dice, no es el presidente de Toshiba. Y me entra la duda, ¿no será el presidente de Toshiba que se hace pasar por marino japonés? Dile que son 250.000 euros, le grito excitado. Me corta.

Qué se creerán estos presidentes de multinacionales. Quieren obtener todo a 500 euros.



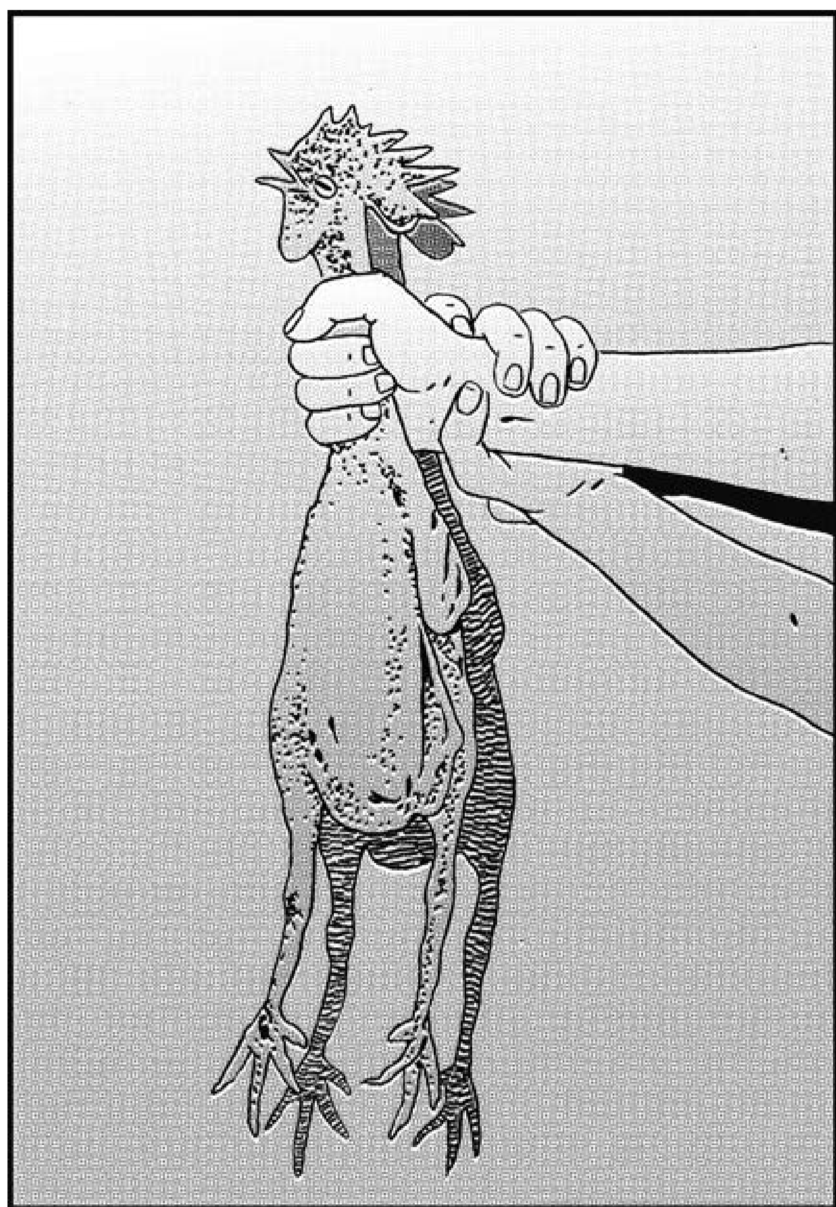
46
Estaban tocando *Le sud* de Nino Ferrer

Después de cenar nos fuimos a un café en las inmediaciones del Río de las Minas. Estaban tocando *Le sud* de Nino Ferrer, cuando una de las chicas más feas del mundo vuelve del baño. ¿Ya pediste? Me pregunta, le dije que no, que primero esperaba que ella hiciese su pedido. Me dice que ya pasó aquel tiempo. Aquel tiempo de las tontas galanterías del hombre hacia la mujer, sobre todo si era ella la que invitaba y pagaba. Volvió con más aplomo después de sentarse en el inodoro, y por lo que observo, sin lavarse las manos. Me pregunta que le cuente en detalle qué hago para vivir. Que cómo me las arreglo para vivir. Se pone seria, me mira a los ojos, seguramente lo leyó en alguna revista en la antesala de su dentista, eso de mirar de frente a los ojos. Sostener la mirada, todas esas pamplinas insustanciales psicologistas y banales.

Hacía siete años que no sabía nada de ella, enterada de que yo pasaría una semana en Punta Arenas, me escribe un correo y me invita a cenar, a pasar un momento agradable. Era abogada de un Organismo de la Mujer, en el gobierno de una mujer. La cucaracha, vivía bien, ganaba bien y compraba los mejores tampax del mercado. Siete años atrás la acogí en mi casa durante una de sus fases de honda depresión. No se había olvidado de aquello y ahora quería demostrarme que estaba bien. Que sus cosas funcionaban. Quería que conociera su casa, su auto, sus hijos pequeños y su marido encantador. Toda esa mierda displicente que la mayoría de los humanos veneran como “alguien que vino de abajo y, que a pesar de todos los entuertos de la vida, ha conquistado la cima”. Su cima. Su pequeña cima de mierda.

Y ahí estaba esta pequeña-enjuta-faldas cortas-batracio preguntándome cómo hacía para vivir, qué hacía para vivir. Que le confe-

sase *in situ* mi derrota. Mi derrota por demás ampliamente divulgada por la manada de pequeños triunfadores de todo pelaje. Peluqueros, médicos, entomólogos, amantes del truco, escritorzuelos, profesores y un cuantuhay de especímenes poblando el planeta. Todos ellos triunfadores. Le dije que no hacía nada. O casi nada. Que tomaba vino tinto y escribía. ¿Y ganas algo de dinero con ello? Estuve a punto de decirle cual Joyce: "Ya que no podemos cambiar de país, cambiemos de conversación". En cambio le dije que tomando no ganaba dinero. Que escribiendo tampoco ganaba un rublo. Pero que nunca falta una pequeña ramera que me invite a cenar y que luego quiera follar. Dicho esto; no sé por qué, tuve una erección, me fui al baño y me masturbé. Salí del baño y no me despedí. Llegué a casa y dormí como los dioses, si es que los enloquecidos dioses pueden dormir.



47
Toda la noche vendiendo ron

Estuvo toda la noche vendiendo ron. Alucinaba. Vendiendo ron en el Hospital de Puerto Natales. Toda la noche vendiendo ron. Tenía la madre un almacén de ultramarinos cerca de la iglesia del Buen Pastor. La madre había muerto cuatro meses antes de que él ingresara al hospital. Aquella noche se lo pasó vendiendo ron. Enloqueció. Había ingresado por cirrosis hepática. Su rostro era el mismo de antes cuando niño. Del cuello para abajo había cambiado. Era de un azul turquesa. En su abdomen tenía incrustada una pelota de baloncesto. Las uñas de manos y pies eran de un amarillo pato furioso estridente. Decía: ¿Una o dos botellas? ¿Lo quiere con Coca o con Sprite? ¿De Cuba o de República Dominicana? ¿Es para regalar? Para usted se lo dejo a precio de oferta. Se lo envuelvo en papel madera. Es el ron que tomaba Fidel y Camilo Cienfuegos. Es un ron Zacapa Centenario, el mejor ron del mundo y para usted a un precio especial. Y así toda la noche. No dejó dormir a nadie de la sala de recuperación del hospital. Un infierno. Por la mañana explotó. Literalmente. Enchastró las paredes y ventanas de la sala con sangre. Viscosidades verdes y amarillas como bandera brasilera. El olor más nauseabundo del mundo. Uno de la sala no vomitó. Se vanagloriaba por ello. Espanto. Llegaron auxiliares y enfermeros. Lo retiraron. Personal de limpieza limpiaron. Luego llegué yo y ocupé su cama. Fue el veinticuatro de diciembre del 2011. Un minuto antes del pavo y el *champagne*.


God
is a
Girl

48
Las bragas de Teresa

A los tres días de comprar el ordenador e instalar Messenger, conocí a Teresa. Teresa de Los Mochis, Sinaloa, México. En verdad compré mi ordenador para chatear y conocer chicas. A los tres días de conocer a Teresa tuvimos sexo virtual. A los tres días de tener sexo virtual con Teresa me mandó sus bragas. Por correo certificado. Y ahí comenzó mi calvario. Unas bragas preciosas. Hasta tenían GPS instalado. Unas de Victoria's Secret. Nunca en mi vida vi nada igual. ¡Y eran de la mismísima Teresa! Una maravilla. Dormí con ellas bajo mi almohada. Al despertar las besé, las acaricié y le di mimos. Todo perfecto. Hasta que llegó Fabián.

Estábamos repasando la crisis libia y comentando sobre la boda de la duquesa de Alba, cuando las bragas de Teresa se presentan en mi cuarto. ¡Hola, somos las bragas de Teresa! Me quedé petrificado. Aturdido. Fabián de la impresión casi se muere. Luego se repuso. Más tarde se le insinuaron. Esa voz. Esa voz caliente mexicana. Una invitación a un sexo desenfrenado. Las bragas de Teresa desatada. *Hot* a más no poder. Fabián vuelto loco. Yo loco de celos. Celos de las bragas de Teresa. Como pude, las tomé y las puse en su justo lugar. En el armario.

Vuelvo más tarde, dice Fabián. Que no vuelvas nunca en tu puta vida, pensé yo.

Otro día estoy atendiendo a Edgardo en el almacén y llegan las bragas de Teresa y se presentan. Somos las bragas de Teresa, le dicen a Edgardo: Cómo te llamas, qué haces, me gustaría estar un momento contigo. Edgardo no lo puede creer. Yo loco trastornado. Pasado el primer estupor, Edgardo le dice que se llama Edgardo. Que es profesor de Historia. Que le interesaría conocerlas en profundidad. El muy puto cabrón. ¡Y era mi amigo! Las tomo de vuelta y al armario. Es que no entiendo, le digo a las bragas. No me puedes hacer esto. No puedes salir

del armario y hacer lo que se te cante. Eres mía y de nadie más. Esto no es vida, yo no puedo vivir así. Lo siento, me dice. Es que La Patagonia me calienta. Los cinco grados bajo cero me ponen a *full*. Lo siento.

Pero todo tiene un límite. Fue el día que me llamaron del lenocinio de mujeres de lujo. Eran las tres de la mañana cuando recibí el llamado. Mire, me dijeron: Hay aquí unas bragas que están armando escándalo. Se pasean por todas las mesas. Canta canciones de Lila Woods y quieren irse a la cama con todos los clientes. Las hemos encerrado en un una caja de Johnny Walker etiqueta negra y ahí las tenemos. Nos dio su dirección y teléfono. Necesitamos imperiosamente venga a retirarlas. Fui. Las tomé y se me quemaron las manos. Las puse dentro de una botella de vino Santa Emiliana y las lancé al mar. Que naveguen. Que la corriente del Pacífico las lleven de nuevo a Los Mochis. De donde nunca tendrían que haber salido.



49
Pequeños elefantes amarillos

Soy Cathy, tengo 22 años y trabajo en un local de ventas de artesanía. Soy morena, linda según algunos, y tengo un lunar en la mejilla izquierda. Bueno, también soy de Cáncer, escucho a Los Secretos y los sábados por la noche salgo a bailar. Una chica más en el mundo. Un día llegó a mí la depresión. Fue justo al cumplir los 22. Marisa me dijo que vaya a ver a Jhonny. Vivianne me dijo que vaya a ver a Jhonny. Pilar me dijo que vaya a ver a Jhonny. Fui a ver a Jhonny. Concierto una cita con él. Quedamos a las ocho de la noche. Llegué a su casa y encontré lo que esperaba encontrar. Incienso, velas y música de la India. No lo conocía. Podría catalogarlo como un ser escuálido. 0% de grasa. Además, pequeño como un bebé. Una barbilla en puntilla, entre roja y cana que me recordaba a no sé qué personaje de historieta mexicana. Ojos entre grises y azules, desorbitados. Y allí estaba yo con Jhonny. Con Jhonny a las ocho de la noche. Me preguntó qué me traía por allí. Y le conté parte de mi historia. No toda la historia, por supuesto. Hay partes de nuestra historia que no se la contamos a nadie. Ni a nuestro padre, psicólogo o marido. Le dije que no me sentía bien. Que me costaba conciliar el sueño. Que tenía el pecho oprimido. Que sudaban mis manos, que no me concentraba, que mi eroticidad daba cero. Se sacó los zapatos, las medias, la camisa. Quedó con un pantalón de pijama con pequeños elefantes amarillos y se puso en posición de loto. No lo sé, pero pensé en Gandhi. Estaba ante Jhonny Gandhi. Me dice que me siente frente a él. Que me ponga cómoda. Que me suelte. Que me saque los zapatos. Habla Jhonny Gandhi: “Todo en el mundo es energía. Todo fluye. El universo está compuesto de energía. Has vivido mucho tiempo con una energía que no te favorece. Tu prana no se mueve a la misma velocidad que el Universo. Hay un desequilibrio entre tu cuerpo y tu espíritu. Hay una mala conexión con la Fuente Universal”.

Luego me habló de los siete chakras mayores, colocando sus manos en mi cuerpo y señalándomelos. Mientras me invitaba a sacarme parte de mi ropa, se sacó el pijama de pequeños elefantes amarillos emergiendo su pequeño chakrita. Fui al sillón donde había quedado mi cartera, saqué mi celular y llamé a la policía.



50
Quisiera ser

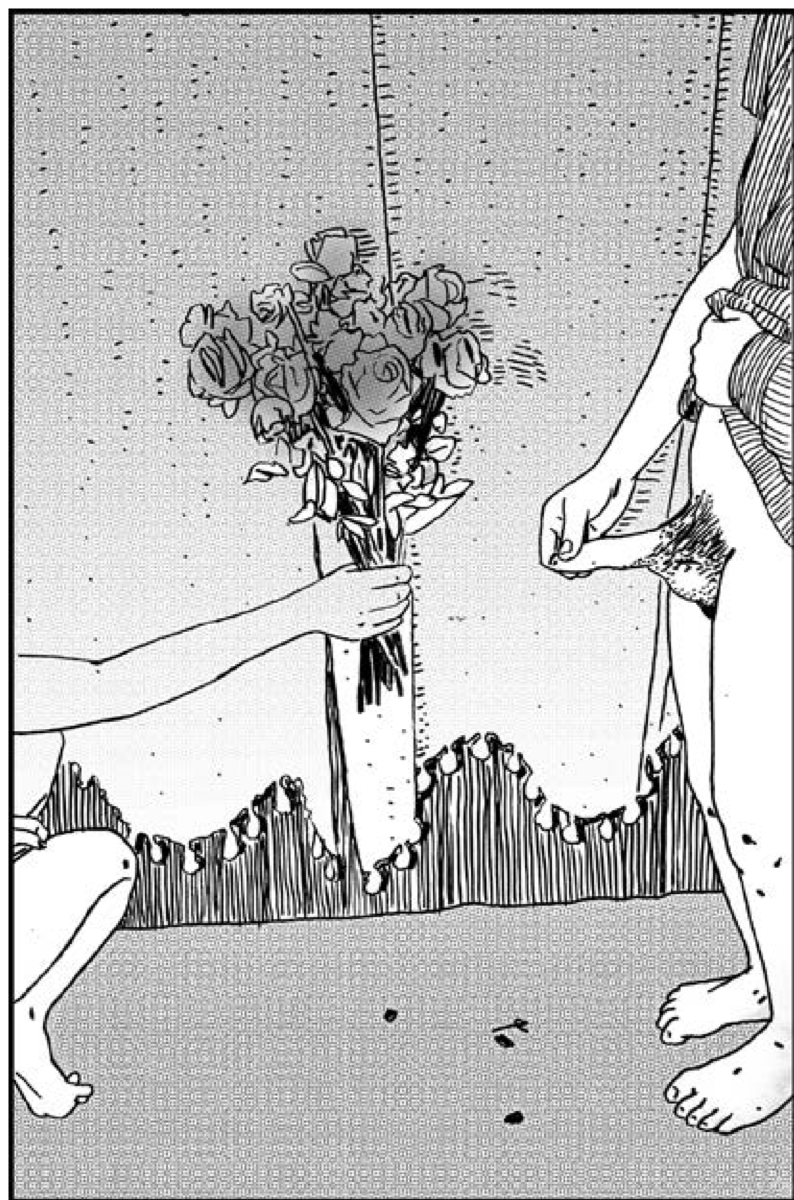
Comencé a escribir cuando me di cuenta de que no servía para nada. Entonces comencé a escribir. Ahora que escribo me doy cuenta de que tampoco sirvo para escribir. Tendría que haber sido musulmán en Alaska. Santuario en Machu Picchu. Baba de caracol. Diente cariado. Postal de la Alhambra. Tendría que haber sido el suelo que pisas. Tu derrota más amarga. Tu primer libro. Tu bandera. Tu nido desamparado. Tu secreto. Tu mar. Tu estrella. Podría haber sido tu recuerdo más hermoso. El tren que esperabas. El cuchillo. El venado. El viento. Podría haber sido gato. Codorniz. Tu infame alegoría. La Cruz del Sur. Cervantes. Un león. Una brizna. Definitivamente me tocó ser lo que soy. Un tipo que no sirve para nada. Ignorado como una patata. Un cero redondo de la nada. Hastiado de mí. ¡Ahíto de mí! Quisiera vender mi alma por un caramelo. Quisiera estar en la mira de todo asesino en serie. Quisiera ser el suicida perfecto. El menos visitado en los cementerios. El tonto más tonto de mi aldea. Necesito para mí el cadalso. Alguien, en algún lugar, está besando a la chica que amé.



51
Escribiré sobre tu tumba

Y llegó aquel momento. Lo esperaba. A la corta o a la larga, ocurriría. El padre se presenta ante mí. Soy el padre de Hugo Vera Miranda. Lo hice pasar. Le serví un café y lo dejé hablar.

Hay cementerios raros en el mundo. Pienso que el de Puerto Natales es el más raro del mundo. Están a la vista los objetos más curiosos que acompañarán en el viaje a los santos y no tan santos difuntos. Placas dentales, cédulas de identidad, la soga del ahorcado, los juguetes del niño, la pistola del suicida, el vestido de novia, el reloj quieto con la hora fatal del difunto, la botella de vino de su preferencia, aquella que en definitiva lo mató, la marquilla de cigarrillos de su cáncer, su biblioteca y su obra inédita. Por esto último vino el papá de Hugo. Me cuenta que ha estado leyendo las cosas que escribo. Que hace cinco años fue saqueada la tumba de su hijo. Que fue saqueada su biblioteca. Que antes de ir donde las autoridades quiere hablar conmigo. Quiere saber si de verdad soy yo el autor del robo. Inmediatamente me declaro culpable. Le cuento la verdad. Que desde niño fue la tumba de mi preferencia. La elegí por sobre todas las otras. Que de a poco fui llevando a casa su biblioteca mortuoria. De a poco. Cuaderno a cuaderno. Que junto a las lecturas de Kafka, Mallarmé y otros, Hugo era lo que más me entusiasmaba. Que fui adoptando su personalidad. Que averigüé muchas cosas sobre él. Que me hubiese encantado escribir como él. Que lo fui plagiando. Que incluso me cambié de nombre. Que pasé a llamarme Hugo Vera Miranda. Que pensaba que a través de mí, Hugo se daría a conocer. Pone un revólver sobre la mesa. Me pregunta entonces, qué objeto me gustaría que acompañase mi sepultura. Le digo que el revólver que acaba de poner sobra la mesa. Me dice que no. Que ya hay muchas tumbas con revólveres. Que esta vez, por una puta vez, sea original.



52
El gol más hermoso del mundo

Me escribe Bety de Sinaloa. Dice que últimamente me estoy repitiendo. Que cuento historias con finales previsibles. En donde siempre termino en la cama follándome una mina. Que debo variar. Que cuente historias de barrio. Que cuente simples historias de barrio. Que de esa manera me vería más guapo. No ahuyentaría lectores. Que tendría más lectores. Le voy a hacer caso. Contaré una de fútbol.

No existía la televisión, la radio ni nada. En aquel entonces jugaba al fútbol por el Club Natales. Era juvenil. Mediocampista y volante de apoyo. Poseía un *dribling* endiablado, pateaba con las dos piernas y era el capitán del equipo. No tenía referentes. Ante la carencia de los medios de comunicación, debía inventar. Y por las noches en mi cama ideaba jugadas. Los domingos en el campo de juego, las llevaba a la práctica. Y con asombro comprobaba que resultaban. Yo era una simple mezcla de Pelé, Maradona y Messi. Fue así como convertí el gol más hermoso del mundo mundial. Fue en un *corner* desde la derecha, la paré de pecho. Desde la misma área grande en que me encontraba eludí a los once jugadores del equipo contrario y convertí el gol. El gol más hermoso del mundo. Por la noche vino Sofía y follamos.

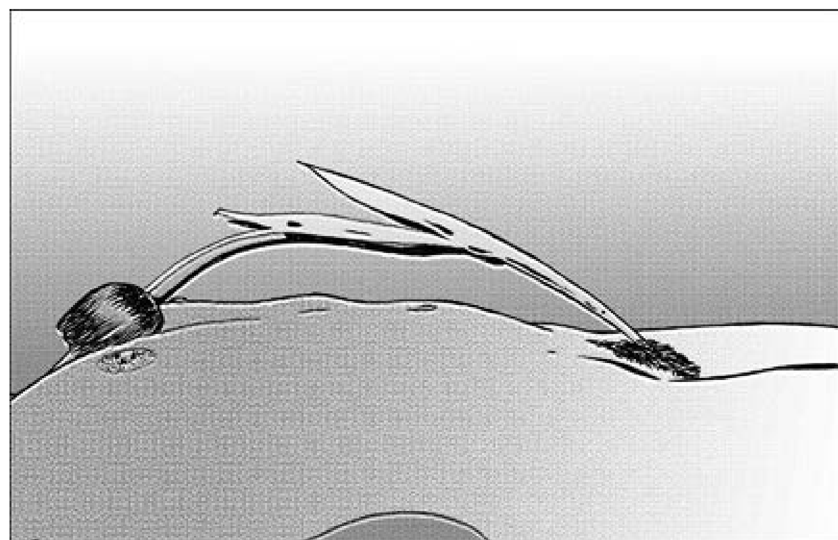


53
Un viejo Plymouth azul modelo 76

Hoy en día, y ayer también, no se puede confiar en nadie. Absolutamente. En nadie. Tenía un amigo en Puerto Natales, posiblemente el amigo al cual yo más quería. Compartíamos historias de mujeres, nos intercambiábamos libros, muchas veces los robábamos de antiguas librerías, jugábamos al fútbol para el mismo equipo, viajábamos por La Patagonia en un viejo Plymouth azul modelo 76, escribíamos poesía, él más bien escribía poesía, yo me dedicaba a la prosa, la novela, el cuento, el ensayo, el relato corto. Fueron dos o tres años de amistad definitiva. Un buen día mi amigo desapareció para siempre. No supe nunca más nada de él. Hablo del viejo tiempo en que no existía la Internet. El oscurantismo total. Una carta a Santiago de Chile demoraba quince días, a Barcelona una eternidad. No había forma de saber, por ejemplo, la temperatura en Dublín el 5 de abril de 2011. De la noche a la mañana mi amigo desapareció. Y junto a la desaparición de mi amigo, inmediatamente descubrí que también había desaparecido parte importante de mi biblioteca. Libros incunables como la Biblia de Gutenberg de 1453, *El Sinodal* impreso por Juan Párix de 1472, los *Dotze treballs de Hèrcules* de Enric de Villena. También se llevó libros menores, como el de Vicente Aleixandre dedicado a Oliverio Girondo, o el de García Márquez dedicado a Teresa y Fernando en Barcelona. Pero eso no fue lo peor, no fue la peor tragedia de aquel entonces, se llevó también mis cuadernos, toda mi obra inédita, lo que en años y años había escrito, doce horas diarias de trabajo, de lunes a lunes, día tras día, cada día de mi vida, se lo llevó. Arrasó con todo. De ahí que nunca más volví a escribir. De ahí que nunca más volví a confiar en nadie. Ahora tengo un blog. Un blog en donde cuento pequeñas historias de mierda. Un blog en donde nadie me lee y en donde irremediablemente seré sepultado como escritor. Pero quiero dar a conocer el

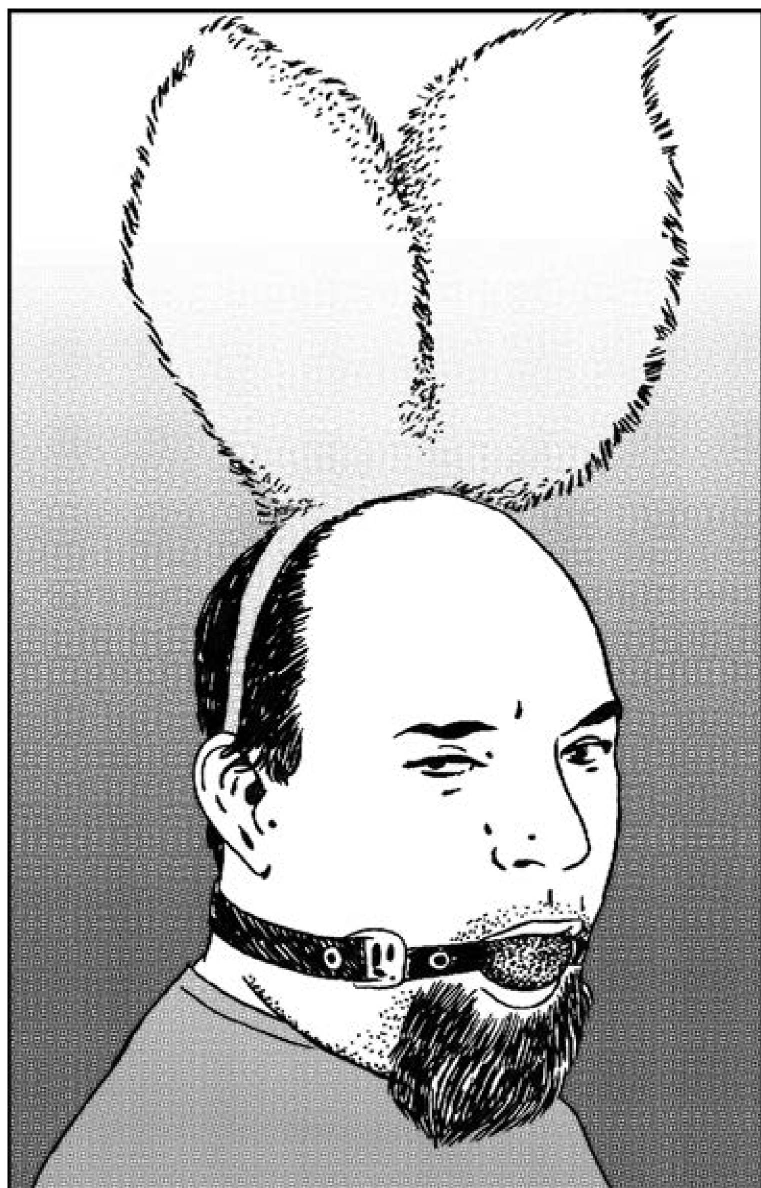
nombre de mi amigo, de este ghicho[3] que me robó, que robó e hizo suyo lo que yo había escrito. Que hizo de mí un ser amargado, frustrado, un alma en pena. Lo quiero dar a conocer *urbi et orbi*. Por fin se sabrá la verdad. Esa escoria de la humanidad se llama: Roberto Bolaño. Ya lo he dicho. No se puede confiar en nadie. Tampoco en mí.

3 Pelagatos (N. del E.).



54
Sant Jordi

Ya pasó el Sant Jordi. La rosa roja de tu corazón aún permanece congelada entre las páginas del olvido. No fuimos nada más que baratijas de nada en tiendas de provincia. Nada más que retazos baratos de mercado chino. Y aquella manera de sabernos definitivos. Enarbolando la soberbia y la ignorancia de creernos eternos. Nadie nos enseñó que la vida pasa en un minuto. Lo que dura un burdo spot en cualquier canal televisivo. Estamos condenados a deambular por caminos laterales. A ser menos que el canto de un grillo. A ser menos que una sierpe en el arroyo de un pantano. Tarde nos dimos cuenta de nuestra calidad de marionetas. Que estamos acá para seguir un designio imperfecto. De un director bastardo y cruel. Que no entiende de un beso dado en Barcelona. De un film de Bergman. De la poesía de Ezra Pound. Ya pasó el Sant Jordi y no hay rosas ni libros ni besos. No hay recuerdos ni lágrimas. A veces pasa un camello. Una tormenta. Un cometa. Luego el silencio. La bruma. Jinetes de espumas. Luego nada. Tierra arrasada por el espanto. Espanto de la memoria y el olvido.



55
Canapé y literatura

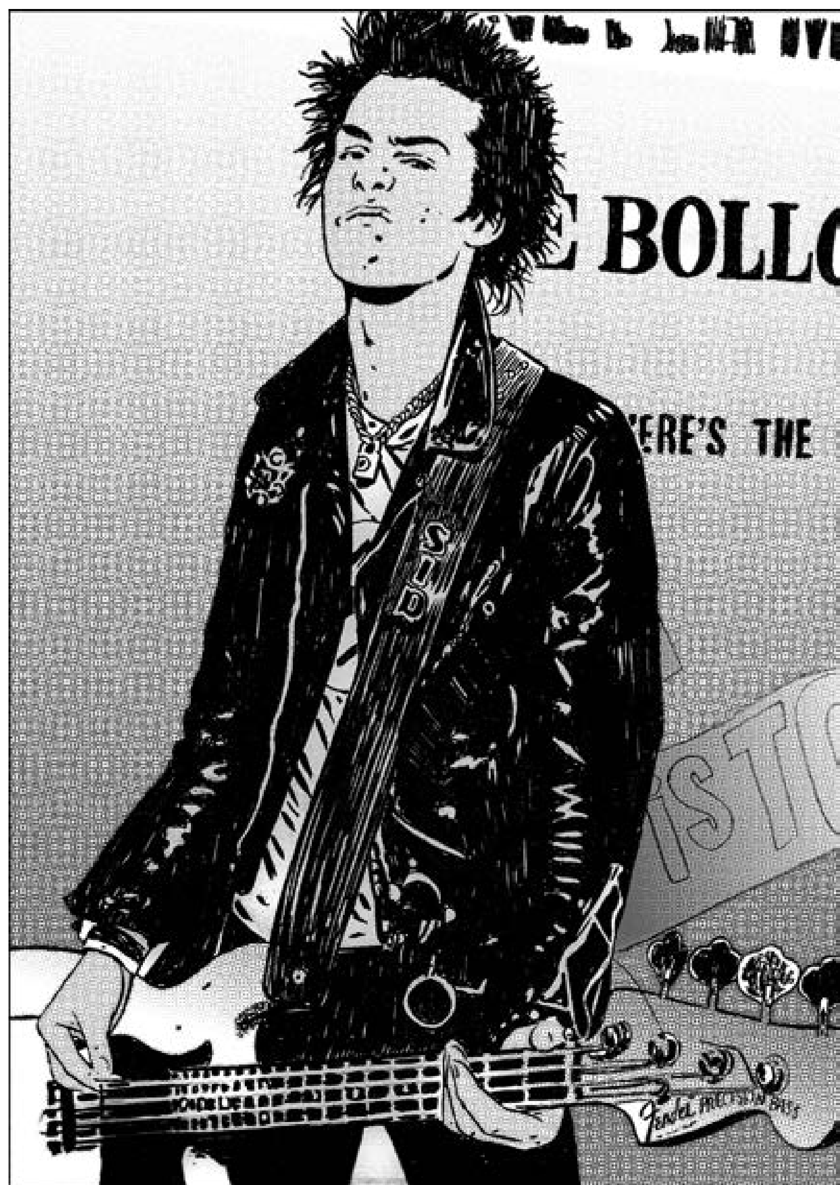
En la vida, mientras vives, sí que hay espectáculos deprimentes. Pero nada se compara con la presentación de un libro. Un coñazo de puta madre. La quintaesencia de la banalidad. Palabras laudatorias para el autor. El autor hinchado como globo aerostático. Un público complaciente y sordo. Luego la guinda de la torta, la firma del ejemplar del futuro premio Cervantes. Todos esperando el final de canapés, entremeses y el trago de estilo. Fue así que me zambullí en las profundidades del último espectáculo. La presentación de un libro de un poeta. Lo hice por su mujer, la mujer del poeta: "Si no vas, no me acuesto más contigo". Llegué en el momento justo del canapé, los entremeses y los tragos. Se me acerca Julián Naya. Me pregunta cómo va mi novela sobre narcos. Le digo que no estoy escribiendo, que ni siquiera leo, que estoy con una fuerte depresión, en tratamiento psiquiátrico. Sonríe, hoy nadie cree en nadie. Dice que me mandará su última novela, que quiere mi opinión, que mi opinión es importante, es sobre la Segunda Guerra Mundial y sus derivados.

La mujer del poeta me roza y me sirve un *gin-tonic*. Viene Lucía Sampayo y me pregunta cómo va mi novela sobre narcos. Le digo que no estoy escribiendo, que ni siquiera leo, que estoy con una fuerte depresión, en tratamiento psiquiátrico. Me dice que lo siente, que ella también pasó por lo mismo, me consuela pobremente diciéndome que ya se me pasará. Luego me cuenta que está escribiendo una novela sobre su viaje a la India. Una historia de amor en Bangalore. Amor, belleza, tecnología y ratas. Que necesita mi opinión y consejo. Ha escrito las primeras cuarenta páginas. Esa misma noche me lo mandará por correo. Que mi opinión es súper importante. Que soy un escritor reconocido y etcétera.

Cuando lleno mi vaso con un margarita se acerca Ramón Tella. Me pregunta cómo va mi novela sobre narcos. Le digo que no estoy escribiendo, que ni siquiera leo, que estoy con una fuerte depresión, en tratamiento psiquiátrico. Me dice: Mira tú cómo son las cosas. Estoy escribiendo una novela en donde un escritor gallego, en tratamiento psiquiátrico, se traslada a Alaska. Allí se dedica a la crianza de perros siberian husky. Que toda la novela gira alrededor de carreras de perros en trineo y apuestas ilegales. Que hay sexo, heroísmo, dolo y una muerte enigmática. Agrega que me mandará una versión no definitiva de lo que, al parecer, será una novela que dará de que hablar, un antes y un después en la literatura mundial.

Vuelvo a casa decidido a suicidarme, me tomo una doble ración de *whisky* y una doble ración de Escitalopram 50 milígramos.

Pienso que si despierto vivo nunca más transaré un polvo por una presentación de un puto libro.


E BOLL
ERE'S THE
SID

56
Sex Pistols

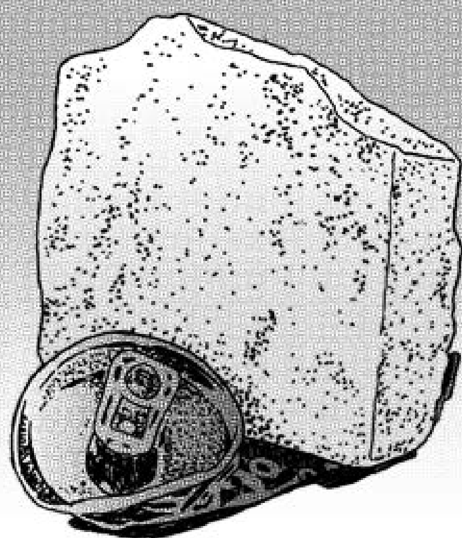
La conocí en algo que en jerga policial se llama procedimiento. Pero no fue un procedimiento cualquiera. Fue exactamente como en un poema de Ernesto Cardenal. Vi por la TV en directo, en mi sillón favorito, el inicio de la operación. Vi cómo salían los carros de la PFI (Policía Federal Investigativa), las sirenas, las luces de los carros, los policías sacando sus armas por las ventanillas. Hasta que llegaron a mi casa. Todo en vivo y en directo. En mi sillón favorito. Entraron derribando la puerta, dando patadas. Estaba rodeado. El grupo era encabezado por una fiscal. Una mujer frágil y enérgica. Lo de frágil es un decir. Una mujer con pistola nunca es frágil. Sin pistola tampoco lo es. Fue así como conocí a Janet. De la peor manera posible. Janet, la fiscal.

Mi vecina, la Pilarica, fue con el cuento al departamento policial. Narcotraficante. Rompieron todo lo que tenían que romper. La TV seguía filmando. Orden amplia de investigar. En verdad que estaba tranquilo, nada tenía que temer. Que ocultar. No encontrarían nada. Me despreocupé. Comencé a fijarme en Janet. Unas piernas que llegaban hasta el cielo, una boca estilo Linda Lovelace, un culo de mil demonios desatados. Daba órdenes precisas: en la nevera, segundo piso, galpón, abrir todas las latas de café, el patio, entretecho, cada libro, la huerta, bajo la casa, arriba de la casa, bajo el colchón de la abuela. No encontrarían nada. No encontraron nada, absolutamente nada.

Alertado por Néstor, un amigo policía corrupto, trasladé todo el alijo que tenía a la casa de Fabián. La TV dejó de filmar. La policía dejó de trajinar. La fiscal dejó de dar órdenes. Veo que repara en unos poemas que había escrito durante mi estancia en Barcelona, tal vez buscando quizá qué pista. Fue lo que pensé. Luego se fueron, se excusaron, se fueron. Dijeron que ellos pagarían el estropicio. Al día siguiente me llama la fiscal. Quería hablar sobre mis poemas. No hay problema.

Cuando quieras, la tuteé. Qué te parece mañana, no hay problema, le dije, desde hace un tiempo a esta parte tengo esa muletilla: no hay problema, debo tener más de alguno, supongo.

Qué tomas, le pregunto. Lo que tomes tú, dice Janet. ¿Te gusta Sex Pistols? Dale. Quiero presentarme dice: Me llamo Janet, tengo 27 años, Libra, romántica y liberal. De repente pienso que la fiscal es una mujer, eso me calentó. Me puso a cien. Me dijo que le encantaba la poesía, que su padre era poeta, que era un poeta muy reconocido en Rancagua. Me dio el nombre del padre, la verdad que no lo conocía. No lo conocía para nada. Pasa que en Chile pateas una piedra y cien poetas pegan un alarido. Me dice que le había sorprendido, que mi poesía la había sorprendido. Que ni se imaginaba que un tipo como yo escribiese tan bien. Hice un gesto de humildad. El mismo típico gesto que hace todo buen o mal poeta pagado de sí mismo. Dijo que yo era un poeta de ley. Era su forma de decir “de ley”. Al tercer trago le mordí la nuca, al cuarto le bajé las bragas, al quinto pegó un grito. Ya con Sex Pistols sonando, nos fumamos un porro y nos tiramos unas líneas.



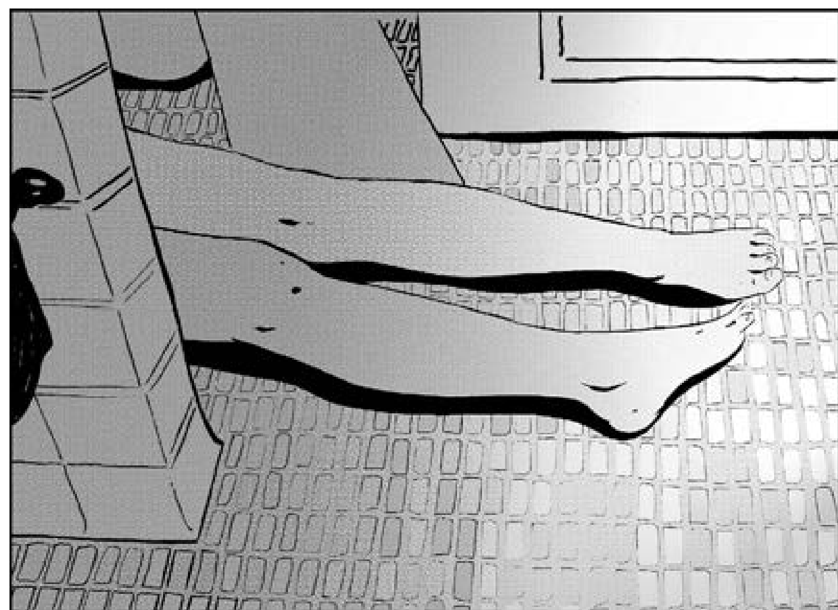
57
La vida es breve y la muerte es eterna

Eso quiero. Odaliscas traídas de Oriente o de República Dominicana. O de cualquier puto lugar. Devin Townsend y Anneke van Giersbergen tocando *Bend It Like Bender.* La vida es breve y la muerte es eterna. Mis amigos locos borrachos. Una fiesta. Eso quiero. Mikhail Baryshnikov bailando *Don Quixote*. Messi haciendo malabares. Platillos voladores. Magos. Monica Vitti derramando una lágrima. Eso quiero. Rainer Werner Fassbinder fumándose un porro. Payasos. Ajedrecistas. Poetas. Las mujeres que amé y dejé de amar. Borges y María Kodama. Dictadores con todas sus medallas. Lisiados. Paralíticos. Toda la parafernalia. El alcalde y su familia. La presidenta, su hijo y su nuera. Una fiesta. Una gran fiesta. Eso quiero. Hitler y Cantinflas. Carlomagno y mi abuela. Una fiesta. ¡Una gran fiesta! Eso quiero en mi funeral. Luego pienso que irán los mismos de siempre. Los mismos de siempre. Dos o tres que asisten a todos los funerales. ¡*Voilà*!



58
Nos encontraremos en el viejo andén

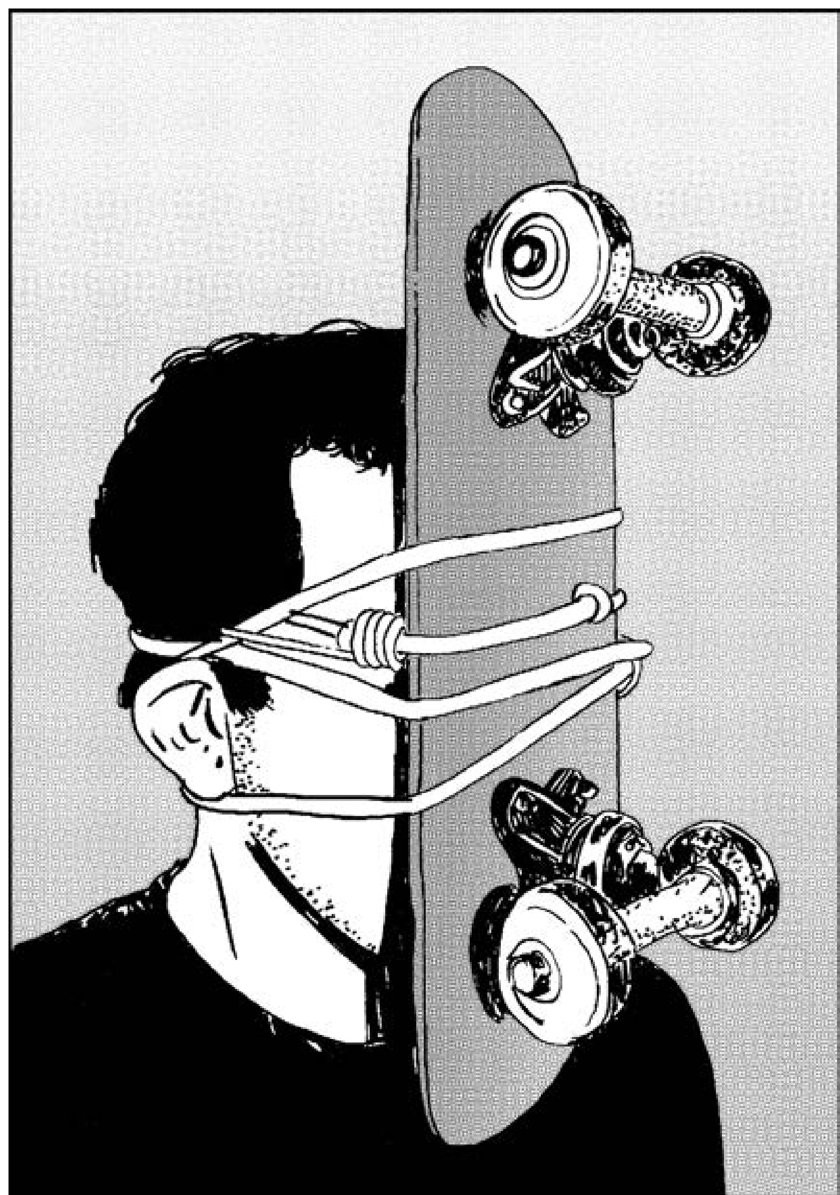
El amor es la causa maldita de todos mis putos sufrimientos. El amor a una mujer. A un país. A un amigo. A Baudelaire. A la novela negra. Al viento. A Charlie Parker. El amor excesivo a todo lo que se me cruce por delante. Y sufro de puta madre por lo que amo o dejé de amar. Pero debo vivir siempre con amor. Y amar. Sobre todo amar. A la miga de pan. Al delfín. Al poema. A la nieve, al viento y a la tempestad de mi pobre corazón. Y sufro de amor por aquel que muere sin alcanzar la orilla de una libertad de mierda que no existe. Muero a cada instante por causas lejanas que me pertenecen. Y sufro y lloro y amo. Y muero por amor. Y no lo proclamo. No quiero tu voto. No soy nada. No ocuparé nunca un escaño para defenderte. Mi trinchera acaba en mí. Mi dolor es mi amor por ti. Mi hermano. Mi lejano. Mi desconocido. Te amo. Te entrego mi corazón. A ti. Que no te conozco. Un desamparado en el mar de la desdicha. Uno más igual que yo. Igual que yo. Te amo a ti que no tienes nada que ganar. Que no tienes nada que perder. Igual que yo que te tengo a ti. Te amo. Mi hermano. Mi igual. Mi hermano. Te amo. Nos encontraremos en el viejo andén rumbo a la infancia, con una maleta llena de buenos presagios. Te amo. Para siempre. Te amo.



59
Resaca

Despierto y aún no despierto. De a poco abro mis ojos y veo la portada de la revista *Life* en donde están Richard Burton y Liz Taylor en Cleopatra. Me doy cuenta de que estoy en mi cuarto. Me asombro. Cierro mis ojos. Sobre mi cabeza siento el estallido de una granada. Por un momento pienso que no soy yo el que soy. Mi cuerpo a la deriva. Es como si me hubiese enfrentado a un luchador de Sumo. No se lo deseo a nadie. Ni a Obama ni a ningún miembro de Boko Haram. Extiendo mi mano y no encuentro a mi mujer. Trato de pensar. Es posible que haya salido de compras o esté por ahí. No me sale la voz para llamarla. Trato de incorporarme y no me resulta. Me quedo quieto. Hago el esfuerzo nuevamente. Me doy de bruces contra una foto de Manuel Benítez, El Cordobés. Logro llegar al baño. Mientras estoy en el inodoro, veo las Obras Completas de Pablo Neruda nadando en la tina. Qué mierda ocurrió acá, me pregunto. Trato de recordar. Era una fiesta. Una más de tantas en casa. Entre amigos. Voy al espejo y veo mi rostro. Qué pasó, me pregunto. ¡Tanta sangre! Lloro. Llamo a mi mujer. Grito: ¡Leonor, Leonor, Leonor! Nadie responde. Completo silencio. Mientras salgo del baño delirando, me juro que esta será la última vez. Se acabó toda esta mierda. No más noches de tragos con complacientes poetas dominicales. No más tragos con jinetes del Apocalipsis. No más tragos con artistas contorsionistas de circo pobre. No nací en un buen lugar y será este el momento de cambiar de rutina y vida. Es tiempo de partir del limbo y atravesar la avenida de la desdicha. Tiene que haber un lugar en que el desamparo sea un poco más amigable. Pienso en Lisboa, París o Ruanda. En cualquier lugar en donde mis huesos sean bienvenidos. Es que no puede ser que noche tras noche te acuestes en estado de coma. Deberé ahuecar el ala y que la brisa o un tsunami digiten mi destino. ¡Tiene que haber un lugar!

Abro la puerta de mi dormitorio para pasar a la biblioteca, y en el pasadizo mi primer grito de espanto. Leonor yace muerta. ¡Oh, mi Dios! Esto no está sucediendo. Un cuchillo atraviesa su corazón. Sangre por todo el pasillo. Llego a la biblioteca y encuentro a Pedro. Le han destrozado el cráneo con una vieja y pesada máquina de escribir Remington. Es que no puede ser. No sé lo que pasó. Algo sucedió. No lo sé. No recuerdo. En verdad que no recuerdo. Es que nos llevábamos bien. De repente discutíamos por algo sin importancia. Sobre la polémica Reverdy-Huidobro, por ejemplo. Pero nada más. Algo pasó. No lo sé. Es posible que alguien llegó de afuera y los mató. Un asesino en serie tal vez. No lo sé. Es posible. No lo recuerdo. En verdad que no recuerdo. No lo recuerdo, no recuerdo. Y mi cabeza a punto de estallar.



60
El retorno del guerrero

Me tocó estar allí. Por mi país. Por mi país fui a Afganistán. Por la libertad. Por mi familia. Por un mundo mejor. Sabía que llegaría el momento de volver a casa. El deber cumplido. Mientras tanto, arena. Desierto. Calor sofocante. No importaba. Combatía. El enemigo se movía y yo también me movía. Eliminar. Cumplir órdenes. Dar órdenes. Formaba parte del batallón aerotransportado 157. Estuve en Nimruz, Uruzgan y en Zabul. La vida en el frente de combate no vale nada. No existe Dios ante la muerte. Se trata de salvar el pellejo y a otra cosa. Volví a casa después de un año. A Wisconsin, a Madison. Allí me esperaba Megan y mis dos hijos. El retorno del guerrero. Nevaba y llevaba en mi pecho las medallas. Abro la cerradura de la puerta y escucho los gritos de placer de Megan. No hice nada. Me mantuve impasible. Saqué de la nevera una Coca-Cola y volví sobre mis pasos. Retorné a mi base. Nuevamente a Afganistán. Maté a más de doscientos putos, sucios y malparidos talibanes.

Índice

Edición digital
noviembre de 2016



Caracas - Venezuela



Hugo Vera Miranda (Chile, 1951)

Narrador y poeta. Estudió Psicología en Buenos Aires. Ha sido librero y editor. Autor del poemario *El tigre de la memoria*, obra ampliamente divulgada por revistas nacionales y extranjeras, cuyos versos han sido traducidos al inglés, italiano y portugués. Al decir de Ramón Díaz Eterovic, Hugo Vera Miranda: "Se perfila (queriendo, pero sin realmente querer) en un emblema para la literatura a secas, en una suerte de leyenda viviente al margen de los caudillismos, afanes figurativos y otros cánceres que afectan a la estirpe literaria criolla de hoy".

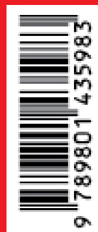
Javier Molinero (Madrid, España, 1970)

Pintor, artista visual, poeta, docente universitario. Ha participado en múltiples exposiciones dentro y fuera de España. Ha realizado publicaciones, videos educativos, documentales, videoarte, etc. Su nombre artístico es Bruto. En su obra, el deseo tiene una presencia incesante, así como lo bello y lo áspero que incomoda.

La mejor manera de entrar a la buena literatura es por la puerta batiente de un bar, y al no más traspasar el dintel te encontrarás a Hugo Vera Miranda contando historias desvestidas de todo efectismo; narradas con la simplicidad magistral de la vida.

Inmaculada decepción "más que un libro de relatos" es un estado excepcional del alma, construido con los matices de esa paradójica ironía de lo que está hecho todo, es un rosario de relatos escritos en la mejor tradición del realismo sucio (*dirty realism*) y de la irreverencia literaria del nadaísmo, que subsume todos los matices de la ironía y son una invitación al disfrute.

Entremos a este original mundo de relatos; aquí está Hugo Vera Miranda y todos sus personajes; bajo la lámpara de la última mesa ocuparemos un lugar y seremos testigos de estas maravillosas historias que está por contarnos. ¡Salud!





Gobierno Bolivariano de Venezuela | Ministerio del Poder Popular para la Cultura

200 1816-2016 PATRIOTAS UNIDOS SABEMOS VENCER